

Urdimbre de paisaje tejido en prosa

Primera antología de relatos ilustrados



La Cebolla Azul



Urdimbre de paisaje tejido en prosa

Primera antología de relatos ilustrados

Primera edición, 2022

© La Cebolla Azul

Sugerencias y comentarios:

lacebollaazul@gmail.com

ISBN: 978-958-49-7510-2

Concepto editorial y corrección de estilo:

Alexander Noreña y Gustavo Osorio

Revisión de texto:

Alexander Noreña y Gustavo Osorio

Diseño y maquetación:

Estelamaris Carmona

Portada:

Lizeth Escobar

Ilustraciones:

Estelamaris Carmona, Lizeth Escobar,
Sonia Carmona, Diana Carolina Torres

Apoya:

Jóvenes en Movimiento, Ministerio de Cultura

Impresión y acabados:

Gráficas Buda

Pereira, Colombia

Impreso en Colombia

La reproducción total o parcial de este libro por cualquier
medio impreso o electrónico no
autorizada por sus autores, viola los derechos
reservados.

Distribución gratuita

Urdimbre de paisaje tejido en prosa

Primera antología de relatos ilustrados

La Cebolla Azul

Índice



Sandra Montealegre

Pereira, Risaralda (1988). Profesional en ciencias de la información y Bibliotecología de la Universidad del Quindío. Lidera los procesos administrativos y culturales en la Biblioteca del SENA Dosquebradas. Promotora de lectura en la vereda El Contenido del municipio de Pereira donde trabaja con los niños y niñas de esta comunidad.

Imagen de madreSelva

21 pág.



Camila Andrea Cortés Rodríguez

Dorada, Caldas (1998). Actualmente cursa el último semestre de Licenciatura en Artes Visuales en la Universidad Tecnológica de Pereira. Tiene afinidad con la literatura y la escritura como medios para complementar su investigación y expresión artística.

Hacer galletas

27 pág.



Mateo Quintero Segura

Pereira, Risaralda (1998). Escritor y docente. Licenciado en español y literatura. Beca Jorge Roa Martínez.. Estudiante de la Maestría en literatura. Es autor del libro de ensayos y aforismos “La frenética desazón”, editado por Fallidos editores, de Medellín.

Volver sin nada que contar

33 pág.



John Alexander Tabárez Pulgarín

Pereira, Risaralda (1984). Licenciado en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Ha trabajado en diferentes proyectos culturales relacionados con el arte y la escritura. Actualmente, enseña español de manera independiente.

Vampiras

39 pág.



Deyvi Gutiérrez

Pereira, Risaralda (1985). Autor de poesía y prosa. Ganador de mención especial en el premio de guión Nido de Cóndores de la Secretaría de Cultura de Pereira. Ganador de la convocatoria nacional de Estímulos 2019 categoría Pasantías Nacionales- Universidad Nacional para finalizar libro de cuentos con la Maestría en escrituras creativas.

La ciudad un río

47 pág.



Diego Firmiano

Pereira, Risaralda (1983). Traductor, conferencista, investigador y crítico literario. Ha publicado reseñas, ensayos y cuentos en las revistas digitales. Fue editor del periódico web La Ceбра que Habla, editor de la sección Biblioteca en La Cola de Rata y director general del portal cultural Ojo al Eje.

¡Mamá! No quiero sopa de brócoli. 53 pág.



Jesús Antonio Castillo

Santa Cecilia, Risaralda (1952). Licenciado en Idiomas de La Universidad Tecnológica del Chocó; Especialista en Educación Centrada en la Persona y Especialista en Recreación Ecológica y Social. Ha publicado libros de poesía y crónica como “Álvaro Charicha Aizama, semblanza de un liderazgo”.

Bondad en el conflicto 59 pág.



Ángela Morales Chica

Pereira, Risaralda (1993). Periodista de viajes, exploradora del mundo, pero enamorada de su país. Escribe semanalmente para el blog de El Tiempo y trabajó durante varios años con una revista turística de su región.

A lomo 'e mula 67 pág.



Diana Carolina Hidalgo

Anserma, Caldas (1986). Magíster en estudios culturales, mención literatura hispanoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito (2018). Como autora-editora ha publicado en los últimos 10 años 4 libros de poesía y 1 de cuentos infantiles.

Gio Momota, “El Barranquero” 73 pág.



Andrés Galeano Rodríguez

Pereira, Risaralda (1979). Licenciado en Filosofía de la Universidad Tecnológica de Pereira y magíster en Comunicación de la Universidad iberoamericana FUNIBER. Escritor, guionista y promotor de lectura. Tres veces ganador del Concurso de escritores pereiranos. Ha trabajado para medios como Telecafé, Fox Telecolombia y Canal RCN.

Lunes asfalto 79 pág.



Lina María Benjumea Alzate

Pereira, Risaralda (1994). Licenciada en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Fundadora y directora de la Revista Digital de Mujeres Ellasuna. Ha realizado proyectos culturales como: Relatos con Señas (2020), Publicación del Libro digital: Mujer Montaña y Ríos (2021), Premio Escritores Pereiranos Relatos juveniles con la obra Indecible (2022).

La desvirolada

87 pág.



Daniela Mejía Castaño

Pereira, Risaralda (1991). Periodista e investigadora independiente, colabora para medios regionales como La Cola de Rata y medios independientes nacionales como Vorágine, Baudó AP y Agenda Propia. También colabora para medios internacionales como Unbias the News (Alemania) y Gaceta Holandesa (Países Bajos).

Subir la montaña

93 pág.



Santiago Yepes Serna

Pereira, Risaralda (1993). Realizó la Maestría en Educational Technology de la Universidad de Saarlandes, Alemania. Escribió su primer relato a los 8 años, y su primera novela “Crónicas de la Zona industrial” a los 16 años. Actualmente está escribiendo 2 novelas.

Brujas y asociados

101 pág.



Astrid Yisela Perea Palacios

Guarato, Chocó (1991). Actualmente cursa décimo semestre de comunicación social en la corporación universitaria Minuto de Dios. Cuenta con un escrito publicado “Mariposas de colores”, en la antología “Desde el bosque”, realizada como resultado del taller de escritura creativa de la biblioteca pública Ramón Correa en 2019.

Laguna verde

107 pág.



Carolina Corrales Figueroa

Pereira, Risaralda (1988). Psicóloga de profesión de la Universidad Católica Popular. A los 21 años de edad emigró para hacer estudios de posgrado a Buenos Aires, Argentina, donde vivió por 11 años. De su relato dice: “Estas son postales de duelo, luego de que este año en abril falleciera mi madre. Sentí la necesidad de contarle cómo es vivir de nuevo en el campo, en Colombia, y sin ella.”

Postales para mi madre

113 pág.



Jáiber Ladino Guapacha

Quinchía, Risaralda (1984). Magíster en Literatura y Licenciado en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Docente de español por más de diez años en el área rural de su Quinchía natal. Perteneció al Grupo de Investigación en Literatura Latinoamericana y Enseñanza de la Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Ha publicado cuentos, novelas y la crónica familiar “Amelia, río y memoria”.

Vals con Diego y neblina

119 pág.



Jorman Sebastian Lugo

Pereira, Risaralda (1993). Salsero, ocioso y reflexivo. Siempre en la búsqueda de los placeres perdidos.

Venganza

125 pág.



Carlos Andrés Ramírez Osorio

Pereira, Risaralda (1980). Caminante y ciclista del paisaje cultural, enamorado de los atardeceres y las montañas, de las aves y las plantas, orquideólogo aficionado, sembrador de semillas e ideas, docente de tiempo completo y escritor ocasional.

Crónica de un viaje

131 pág.



Cristian Felipe Cardona

Pereira, Risaralda (1988). Lic. Etnoeducación y Desarrollo Comunitario. Universidad Tecnológica de Pereira. Magíster en Enseñanza de la Historia. Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo de Morelia-México Integrante del grupo de Investigación Políticas, Sociabilidades y Representaciones Histórico-Educativas, adscrito a la maestría en Historia de la UTP.

Amor eterno

137 pág.



Leonardo Henao Velásquez

Santiago de Cali, Valle del Cauca (1978). Declamador de poesía, defensor del arte de la declamación. Fundador del programa de radio “A una hoguera”. Ganador del II concurso de cuento “Escribir para transformar” de la cooperativa de los trabajadores de la educación de Risaralda Coeducar.

El niño que perdió la fe

143 pág.

Prólogo

Desde el horizonte

Descubrir siempre prefigura cierto abandono de las formas preestablecidas, estructuras en decadencia o dinámicas que en muchas ocasiones sugieren el paso lento de los días; descubrir es pues, dejar. Esta primera antología de relatos ilustrados trae una suerte de dejadez por lo convencional. En ella encontrará el sentido de la prevalencia que, insigne, eleva el precepto de tejer una realidad conjunta, diversificada en la experiencia, en el conocimiento y en el complejo acto de vivir a fuerza de hallar razón en cada cosa; o sino apenas, en el contar lo vivido y aún lo imaginado, para que quizá, la suerte aventure el encuentro entre aquellos que hicieron posible este trabajo y esos misteriosos lectores que juzgarán la fidelidad de lo refractado.

20 escritores y 4 ilustradoras encarnan este prodigio como los Evergreen, árboles que permanecen verdes en los inviernos de las tierras más frías del planeta con la única función de verter color, luz y sombra al mundo pese a lo terrible de la temporada. Aire en todo caso se desprende de cada palabra, cada frase, de cada imagen proyectada por los sentidos para que el lector, en su peregrinaje hacia

el encuentro con su propio dar al mundo, se permita ser también ese descubridor e imprima, entre lo sido y lo que se es, su propia memoria.

Todo libro, todo texto tiene como principio dar de beber y dar de comer al hambriento y al sediento en virtud de transformarlo; así, quien quiera que salga ileso de una lectura, no es más que un errante insatisfecho que busca aliviar su congoja; aún, en la afrenta de andar vacío, el lector, después de todo no será el mismo.

Las memorias contenidas en estos relatos son pues, como los árboles, hechos de la inclemencia y del buen tiempo, hechos de hojas que un día pendieron de las ramas y luego, por acción del viento, se esparcieron para dar cuenta de la existencia y ensayar el efecto de la ambrosía. No obstante, resulta fácil hablar sobre la naturaleza de los árboles y sus frutos, pero ¿qué hay de la levedad de los espíritus humanos que se elevan y caen con vertiginosa insensatez? Acaso ¿los límites son esa suerte de barrera necesaria para entrever el vértigo de lo humano, y sabernos diferentes? Todo, en fin, nos aleja de ser árboles o plantas, dada nuestra ambigüedad ¡y que suerte! pues gracias a esto, nuestro fruto más perecedero e inacabado, nos salva de las tempestades del mundo, fruto que se hace con el tejido de palabras escritas, dibujadas, o dichas, que hacen del hacedor un virtuoso navegante del tiempo.

Dada esta razón, un artista no es más que un hacedor de esos destellos que iluminan lo humano, lo terrible de serlo y no serlo. Un escritor es una suerte de ser extraño, capaz de insuflar el tiempo y el espacio en un pergamino, en un telar en el que insiste la actuación de la vida. Ser escritor, sin embargo, en un mundo abierto de insustancialidad, representa en muchos casos: auto segregación, y en algunos, hostilidad social. ¿Qué hace entonces que un escritor decida serlo, si esa luz fugaz es denodadamente apenas un destello?

El naufrago sujeta su humanidad a un trozo de madera, su pervivencia dependerá de esto y de la esperanza de llegar a puerto, y su vida, de salvarse, será una más en el vasto número de la misma especie. ¿Pero es acaso ésta la cifra que despunta la conciencia de aquellos que ven en este oficio el madero que flota en las aguas hacia destinos inciertos? Parece que sí, que la figura heroica de aquellos, infatigables en la opacidad de una luz mortecina, se transforma, se desnaturaliza de su original, e híbridamente son causa y efecto del naufragio porque vieron lo detestable del viaje seguro, y se sometieron al riesgo de no ser nadie en cualquier puerto, más que la aventura de poder narrar lo vivido como único atributo.

Este acto inmenso, dotado de la capacidad de morir en el intento, merece hoy ser resaltado a través de

esta primera antología de relatos ilustrados, cuya insistencia en lo bello y en lo terrible del mundo llega a nosotros en forma de libro.

Pero no solo en esta tarea están los escritores, la otra cara contenida en este trabajo, está puesta también en las ilustradoras que, dotadas de extraños lentes en el interior de sus miradas, se han atrevido a encarnar en imágenes aquello que se insinúa, que está en ese espacio invisible entre el lector y lo escrito, que viene a cimentar un puente de sentidos nuevos. Una nueva forma de asumir el viaje a través del océano de la lectura. Esa ardua tarea presume de todo lo poético que hay en cualquier composición, presume de portar la llave que da paso hacia un mundo entrañable. Lo que no se olvida por razón de lo sentido, y es compartido por tener la naturaleza de transformar.

Esta antología, no es otra cosa que un sendero más, uno descubierto. Un faro más, con la luz encendida en una ciudad invisible, que pretende atraer a esos náufragos, en procura de reconocer la vida. No ya para desmitificar el complejo acertijo de lo humano, sino para reconocerlo, para descansar en algún puerto, en el que, en ciertos días, algo llamado La Cebolla Azul permitió dejar entrever lo invisible, dando cuenta del paso, por estas tierras, de estos náufragos. Así, esto no es más que el derecho a seguir navegando hacia todos los puertos posibles,

en el que solo vale la pena amar, desamar, vivir y dejarnos morir, para luego renacer, para luego solo leernos como una historia que ya hemos vivido y visto desde el horizonte.

Alexander Noreña

Calgary, 2022

Urdimbre de paisaje tejido en prosa



Imagen de madre selva

Sandra Milena Montealegre

Seis años existiendo, la cabecita llena de magia, habitante del mundo más bello, el mío. Afuera, existía la hostilidad de los hombres que apenas miraba con extrañeza.

Todo era más bonito si sonreía.

Me gustaba la escuela porque lanzaba mis rayos ultra poderosos a los compañeros para hacerlos imaginar ¡para conectarnos! y sí que servía.

Un rincón del patio de juegos, desde donde veía un hermoso mural plasmado en una vieja pared de la escuela, fue mi lugar favorito.

El gusto era despertado por la idea de vivir allí, transportada por la mera dicha de lo bello. Recuerdo, mientras andaba perdida en el paisaje, tirada en la arena, la presencia de un hombre, lo reconocí. Me sonrió como siempre, pero esta vez, había algo diferente, lo supe, mi inocencia lo supo.

Se acercó y me tomó de la mano, lo sujeté, mientras de sus labios se fugaban palabras que admiraban mi niñez... Sonríe para desvanecer lo incierto, y dejé caer mis ojos en la tierra.

Me invitó a almorzar, y él, que estaba sentado frente a mí, no paró de mirarme, sabía que aquella mirada destellaba algo extraño, mi inocencia lo sabía, pero ¿yo qué sabía de mi inocencia?

Me sentí cansada después de la jornada de estudio: recreo, risas y amigos imaginarios. Luego, solo quedaba recostarse cerca del mural, cerrar los ojos... E



imaginar de nuevo, en aquel paisaje de madre selva, no existía el miedo, ni los monstruos que crean lo más terrible de la vida.

De pronto, mi mirada se abrió al mundo, para sentir que mi piernita derecha se contraía. Y lo vi de nuevo, estaba ahí mirándome con esos ojos de fuego. Sus manos, inquietas, subieron por mis piernas, una alcanzó mis labios llamando al silencio.

El bello paisaje se desvaneció, y todos los monstruos que acechaban se convirtieron en uno. Él me miraba auscultando mi mirada, mientras sus manos subían bajo la faldita azul, abriéndose lugar, allí, donde dijeron que era prohibido mirar o tocar ¡Era sagrado! Pero jamás dijeron que otras manos no podían hacerlo.

Todo terminó. Cerré mis ojos una vez más, esta vez con una sensación de dolor... Para ver como aquel paisaje se desvanecía, y quedaba ese odioso recuerdo, ese olor acre y el sonido punzante de un jadeo. ¡Odioso mundo de los “adultos”!

Me dijeron las más grandes mentiras mirándome a los ojos, por donde creí que se vertía la verdad, la magia y todo lo bello. Ahora me miro frente al espejo y encuentro el reflejo de la verdad máxima, y sonrío.

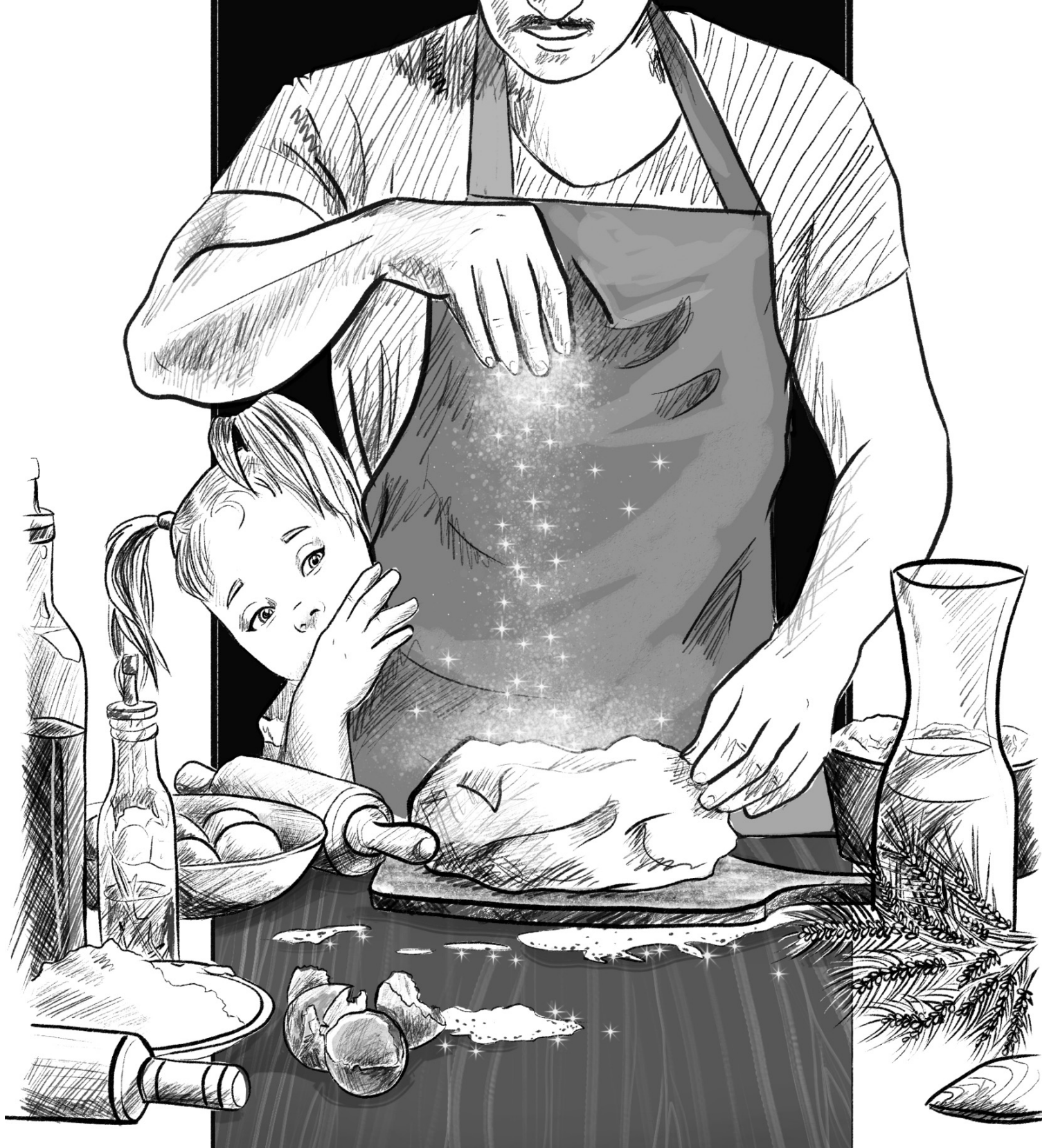
Algunos me han abrazado tan fuerte, que han intentado atrapar mis miedos. Aquellos abrazos jamás sentirán la fatiga de sangrar por el alma.

Vivir tantas tormentas, para saber que soy la mía propia: fuerte, brillante, intensa, arrasadora e impactante.

Han quebrantado el amor, tanto, que ahora la única certeza es el amor en conjura de mi propia alma, para cuidar, para verter el agua y la vida en otras flores... Llegará el tiempo en que aquel mural se dibuje en otros ojos, en otra vida, para hacer de la mía un jardín donde los miedos y los monstruos sean árboles y ríos.

Hace mucho, solo está la soledad, como una amiga. La invito a tomar una copa de vino, para estar juntas y juntas caminar.





Hacer galletas

Camila Cortés Rodríguez

Papá me dijo que la repostería es un arte y le creo. Por varios meses he intentado preparar galletas, pero solo obtengo fracaso.

La primera vez les puse tanta azúcar que se convirtieron en diamantes: tuve que echarlas a la basura porque nadie quería comerlas, mejor así, si alguien lo hubiera hecho se habría quedado anclado a la tierra para siempre.

La segunda vez no mejoró, le puse demasiada mantequilla a la mezcla, el horno escurrió hasta inundar la cocina. Papá también dijo que la repostería unía a las personas y le creo. Ese día mi alma y la mantequilla tenían la misma forma.

La sexta vez les agregué cacao, en el proceso no hubo lío, esta vez parecían tener la textura e imagen de una buena galleta. Como debe de ser, primero las probé yo, las mastiqué suavemente, en mis papilas gustativas habían fuegos pirotécnicos, ¡qué delicia!, comí una detrás de otra hasta acabarlas; por la llenura se produjo un intenso sopor y en el trayecto de la cocina a mi cama perdí el conocimiento. Desperté nueve días después. El doctor le dijo a mi madre que había caído en coma por envenenamiento; ese día lloré mucho y fortísimo, le faltó más cacao a la mezcla.

En la siguiente ocasión, le pedí ayuda a mi hermano, porque pensé que quizás yo tenía la mano floja y por eso no funcionaba. Entonces le indiqué paso



a paso lo que debía de hacer: pesamos en la báscula cada ingrediente al menos 13 veces, porque me acordé que papá dijo que en la repostería se deben seguir las indicaciones de la receta al pie de la letra, si no falla. Sin embargo, pese a la meticulosidad, las galletas fallaron, quedaron tan chiclosas que hicimos con ellas globos para decorar el salón donde celebraríamos los quince años de mi hermana. Quizá la receta estaba mal, o quizás era el horno.

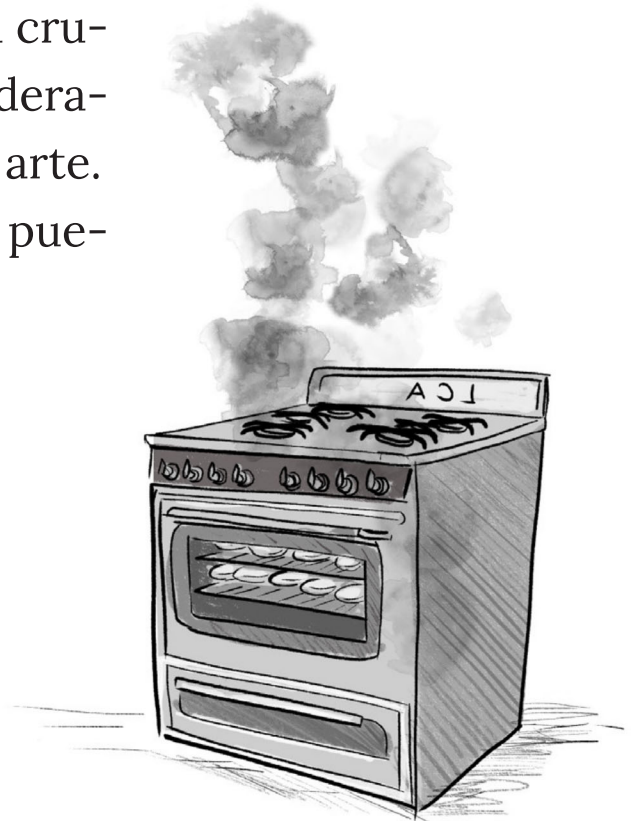
Era la vigésimo tercera vez, o la vigésimo quinta vez en la que preparé galletas cuando cambié de horno. Recuerdo que esas galletas quedaron tan perfectamente doradas que parecían oro, las dejé reposar y cuando quise tomar una se desmoronó rápidamente entre mis dedos como pequeños gránulos con vida; todas se volvieron polvo.

Aún así, seguí intentando, porque como mi papá dijo: la repostería es un canto perenne y tranquilo. Fueron entonces 741 veces en que preparé galletas y, a pesar de que la receta era la misma que mi papá me dio, ninguna resultaba igual que la otra. Ya en el intento número 892 me dije a mí misma que me daría por vencida si no lo lograba. Así que compré los mejores ingredientes y realicé metódicamente el procedimiento: precalenté el horno a 180 grados, preparé la bandeja, tamice la harina, la pizca de sal y el bicarbonato en un bol, aparte mezclé la mantequilla, el azúcar y los huevos, después les incorporé

los ingredientes secos y batí hasta que quedó una mezcla homogénea; dejé reposar la masa, y después le di una forma simple, introduje las galletas al horno y esperé, esperé y esperé; pasaron días pero jamás se doraron, ni se quemaron, simplemente la masa no se cocinaba, no entendí porqué. Así que solo me quedé frente al horno que no cocinaba, frente a la masa cruda y admiré.

Admiré el naranja del fuego que la envolvía violentamente. Admiré el vaho que se desprendía y derretía el techo. Admiré el color de mi piel tostada por el calor. Admiré el aroma del tiempo en el que todo pasaba, menos las galletas. Y por último, admiré la desesperación flotante que me embestía, y por primera vez sentí miedo de unas galletas.

Inmóvil, frente al horno que no cocinaba, frente a la masa cruda, entendí que sí, verdaderamente la repostería es un arte. Un arte que solo mi papá puede hacer.





Volver sin nada que contar

Mateo Quintero Segura

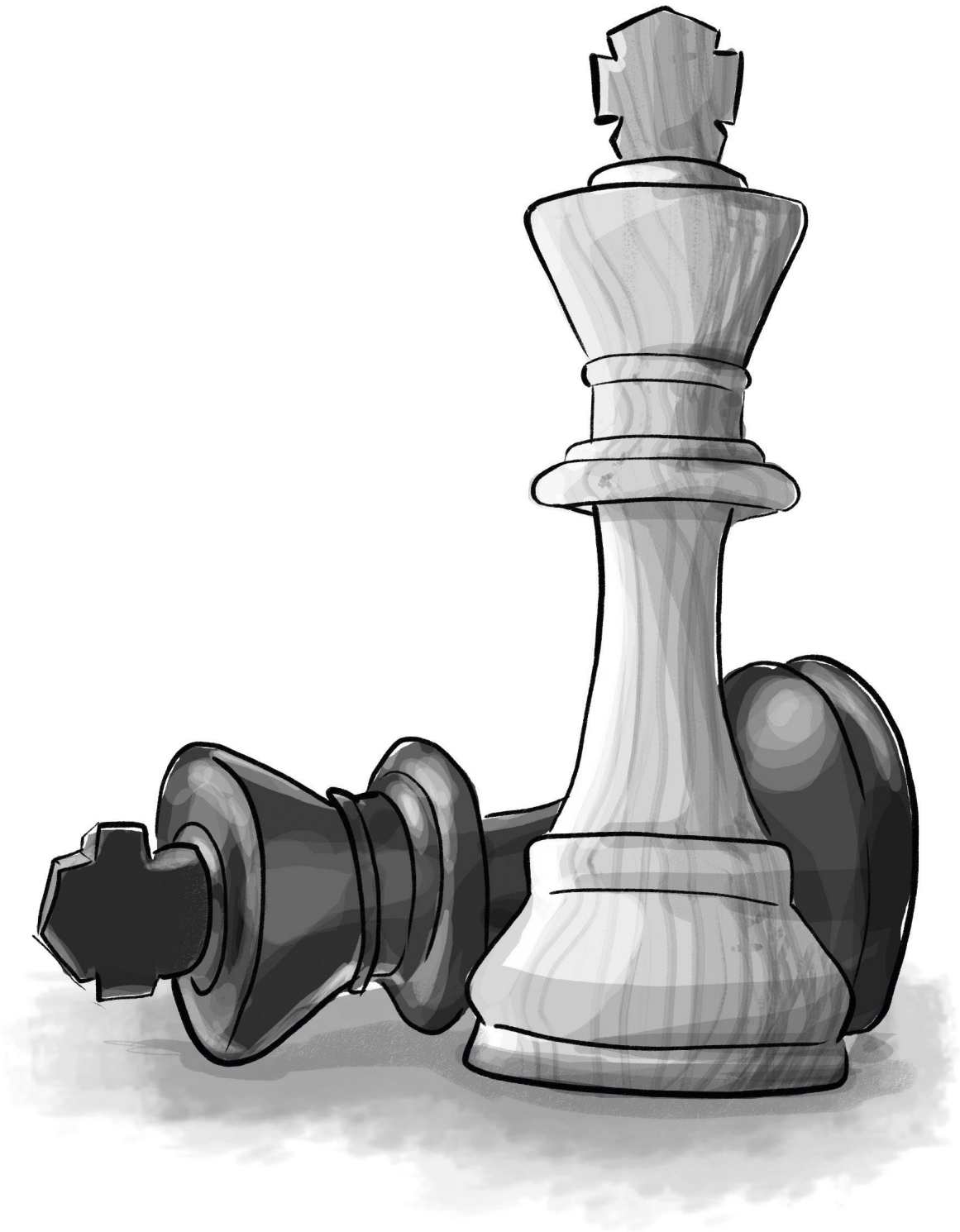
No hubo un solo disparo, sentenció mi padre luego de mover con audacia el peón. “¡Ay, no, Gerardo, otra vez la misma cantaleta!”, se lamentó mi madre que pasaba por allí con una canasta de ropa. Yo sonreí porque no me molestaba que mi padre contara esa historia, ya que jamás la había oído de su boca. Quizá mi madre estaba exhausta de oírsele, pero yo deseaba disfrutar todo lo que tenía para decirme, hasta la mayor nimiedad, pues dieciséis años sin verlo acentuaron la ya adquirida costumbre de escucharlo hablar con su voz aligerada por el licor. El mayor robo de la historia de Pereira se efectuó sin un solo disparo, continuó. Eran las cinco de la tarde de aquel 22 de octubre.

Alguien tuvo que haber cantado. Un robo de esa magnitud no puede efectuarse sin un sapo. No me mires así, es la verdad. Nadie se enteró porque yo estuve pendiente de si hubo despidos en la empresa días después y no. Nadie salió. Así que lo hicieron demasiado bien, ¿no crees? Lo miré a los ojos que ya estaban algo vidriosos por



tanto aguardiente. Moví la reina y sentí que con ese movimiento la perdería de manera irremediable. Y así fue. Supe que era el fin. Toda jugada que realizara después sería vana, una simple postergación del fin, una simple huida, como todo en mi vida: huir y huir para siempre. Me tomé un trago doble y le pasé la botella a mi sonriente padre. Le respondí, un poco tarde: sí, lo tuvieron que hacer demasiado bien. O quizá no hubo ningún sapo. Tragué saliva y sentí un rezago de anís.

¡Hombre, imposible! Te digo que imposible. Tuvo que haber un sapo. ¿Cómo iban a saber que a esa hora el dinero de los servicios públicos no estaría en una caja fuerte? Recuerda que el robo fue en la Torre Central, donde se pagan los servicios. Pero esa plata siempre va a una caja fuerte; sin embargo, ese día la guardaron en bolsas porque iría un carro de valores a llevarlas al Banco de la República. Entre la sellada de la bolsa final y la llegada del carro transcurrieron solo diez minutos: el tiempo suficiente para el robo. El primer hombre, que tenía gorra, puso el arma en el costado del vigilante. Entraron dos más con su respectiva nueve milímetros y sombrero. Apuntaron a las cajeras. Pidieron que se fueran los civiles, que eran pocos. Salieron. Solicitaron que desconectarán las cámaras. Así se hizo. Entró el cuarto hombre con otro fusil. Gritó preguntando que dónde estaba el dinero. Le se-



ñalaron sin mayor oposición. Entraron los últimos dos hombres, cogieron las bolsas y las empacaron en dos automóviles sin placa que estaban afuera. A unas cuantas cuadras abandonaron los vehículos y se montaron en una camioneta 4x4. Allí se cambiaron de ropa. Luego se fueron bajando en lugares específicos y alejados de la ciudad. La plata la llevaron a una finca que quedaba por El Tigre. Todo eso fue a la luz del día. Una obra maestra: igual que esta jugada. Jaque mate, hijo. Sonrió y bebió otra copa. Me miró a los ojos. ¿Qué tal la historia? Sonreí y le dije que muy interesante, aunque quedaban vacíos sin resolver. ¿Cómo sabes todo eso? Esa es la mejor parte, hijo. Respondió en voz baja, como si mi madre no supiera cada detalle. Uno de los ladrones era amigo mío, vendía motos en la misma cuadra que yo. Escuché la sirena de la policía y luego lo vi a él, tranquilo. Me contó todo, me entregó una tarjeta bancaria y antes de irse me dijo: revísela dentro de ocho días. Así lo hice. Era una cantidad de dinero exuberante. Con eso monté el estanquillo, hijo. ¿Qué te parece?

Sonreí. Mi padre nunca supo que yo fui el que manejó la camioneta y el que le envió con su amigo aquella cuenta bancaria. Tampoco sabe que por eso tuve que huir tanto tiempo. ¿Y tú, hijo, después de 16 años no tienes nada que contarme?

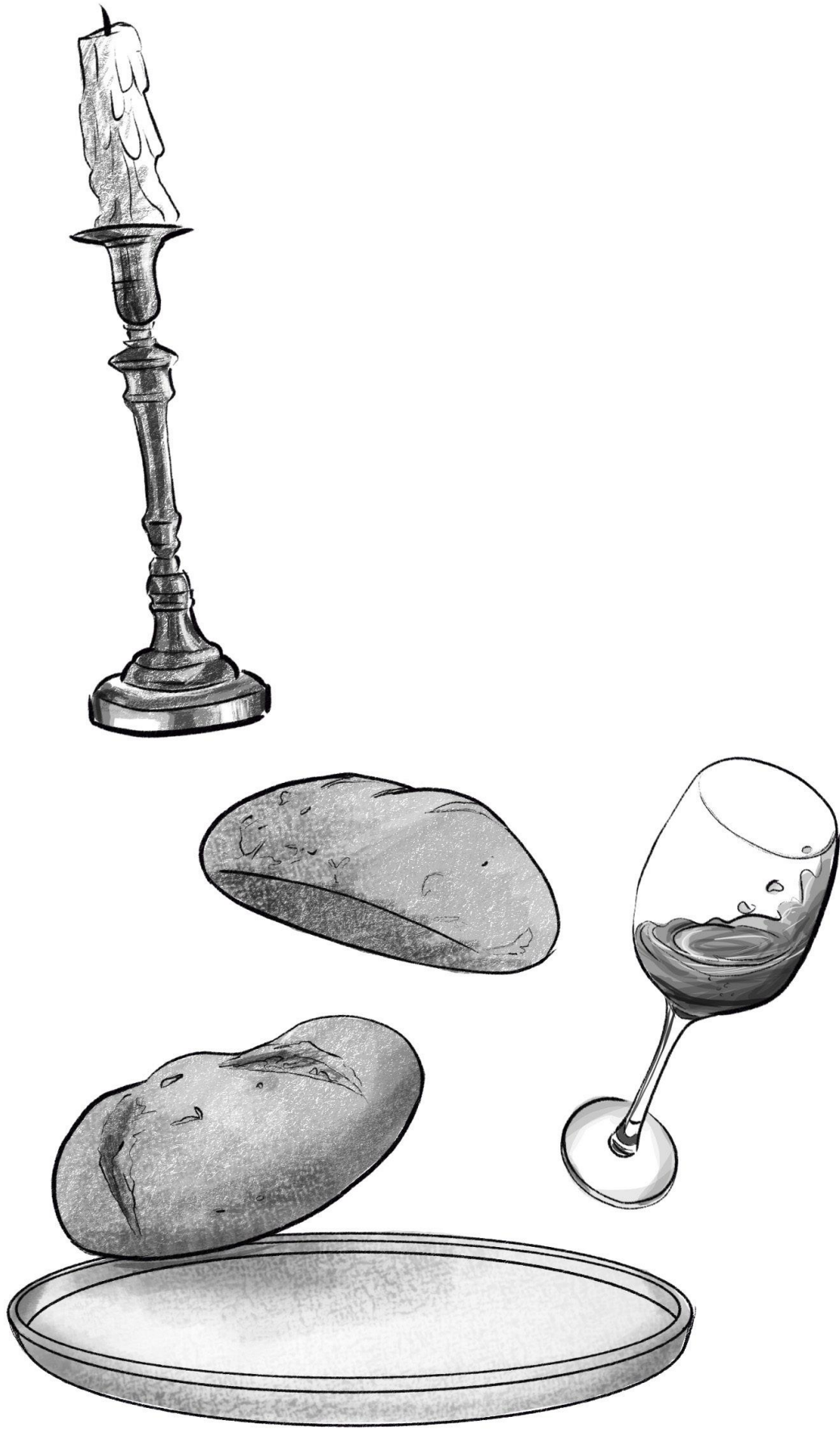


Vampiras

John Alexander Tabárez Pulgarín

Las llamaban Las Hermanas de la Noche, dos gemelas, siempre juntas. Ielena y Romina, una muerta a los 27 años y la otra desaparecida. De ellas, en los hogares de la Europa central, se solían contar diferentes historias con el fin de asustar a los niños. Las más populares trataban la vida de la hermana desaparecida, por ejemplo: en una contaban que se había entregado al alcohol y que frecuentaba los cabarets a la hora de la luna y los graznidos de los cuervos, buscando presas humanas para robar su sangre y convertirlos en siervos; en otra, que regresó a su país de origen, Rumania, para vivir aislada en su castillo en las montañas de los Cárpatos, aguardando a que algún viajero extraviado tocara a la puerta.

Son muchas las leyendas que las mencionan, sin embargo, nunca se conoció con exactitud quiénes fueron, ni de dónde provenían, ni cuándo llegaron al circo Strašiak; tampoco se tuvo claridad de si fue Ielena o Romina la chica asesinada dentro de uno de los camerinos del circo. La única certeza, a la vez rumor, es que durante el tiempo que pasaron las jóvenes en las instalaciones del Strašiak muchas cosas inexplicables sucedieron, acontecimientos que parecían pertenecer más a otro mundo que a este: como objetos levitando, animales muertos con heridas de colmillos en el cuello, alucinaciones fantasmagóricas o cadáveres que se levantaban de



sus tumbas; incluso, se llegó a contar con temor que Ielena y Romina hablaban la lengua de los muertos. En realidad, solo de algo se estaba seguro y es que en donde estuvieran Las Hermanas de la Noche la atmósfera se enrarecía y las personas desconfiaban más unas de otras.

En aquellos días, cuando todavía se hallaban juntas las gemelas, asistí a una de las presentaciones del Strašiak. La gente iba solo para verlas realizar su acto de levitación, y perderse entre la sensualidad de sus cuerpos. Ielena y Romina parecían dos espejos que se contemplan en la infinitud. Ielena era de carácter fuerte y explosivo, y Romina, ensimismada y misteriosa. El espectáculo comenzó. Las hermanas se elevaron hasta lo alto del escenario como dos tenues mariposas, el público asombrado e intranquilo estalló en aplausos. Por mi parte, no pude evitar pensar en que todo el evento era una mera ficción.

No obstante, cuando los ánimos se calmaron y el silencio se apoderó de la sala, los asistentes se observaron entre sí con desprecio, como si despertaran de un largo ensueño y se encontraran sentados junto a su más cruel enemigo. Querían escapar, huir del recinto; sobre ese ambiente de extrañeza, las hermanas se miraron nerviosas y preocupadas, sin entender lo que sucedía. Sentí compasión por ellas; y de repente sin nadie imaginárselo se escu-

chó a alguien gritar, con odio repulsivo, la palabra: vampiras.

El inconveniente quedó así, más para el olvido. Después de todo, qué es una ofensa. Luego de un corto tiempo, por el mes de octubre, una ficción mayor se me tenía reservada, un hecho que considero el quiebre de mi existencia. En una de mis rutinarias caminatas nocturnas, mientras atravesaba la plaza, a eso de la medianoche, escuché que algo cayó de lo alto de la cúpula de la iglesia. En principio no observé nada, ya que la niebla no lo permitía, a medida que me acercaba al sitio, logré divisar una figura femenina, supe que se dirigía hacia mí, de inmediato comprendí que era una de Las Hermanas de la Noche. Quedamos frente a frente bajo un cielo nubla-



do. Alcancé a percibir gotitas de sangre sobre sus labios. No tuve temor, era sumamente encantadora, y el influjo de su rostro poseía la calma de los mares del Norte. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que se decidió a pasar por mi lado y pronunciar su nombre: Romina.

De ese modo, inició para mí una serie de encuentros con ella, todos iguales, solo miradas, solo confluencia de caminos, solo casualidad.

En una de las tantas noches con neblina, nuestros pasos se volvieron a enredar en la quietud de la plaza, nos miramos profundamente, el tiempo suficiente para notar a Romina cambiada. La joven se acercó, me besó o más bien me mordió, dejando entrever una leve gota carmesí, y luego susurró sin saber lo que después le ocurriría:

—Hoy no soy Romina, hoy soy Ielena— y continuó su trayecto.

Al día siguiente, sin el sol a la vista, una de las hermanas apareció muerta dentro del circo, con una estaca clavada en el corazón, con el pecho pulverizado de lado a lado. Romina, Ielena, Ielena, Romina, que no sea ninguna de las dos pensé. Que sea solo una pesadilla colmada de raras alucinaciones.

Nunca quise saber cuál de ellas había sido la víctima. ¡Que la identidad nunca se conozca! El cuerpo, que yacía tirado boca arriba en uno de los camerinos, dejaba la impresión de haber sufrido horriblemen-

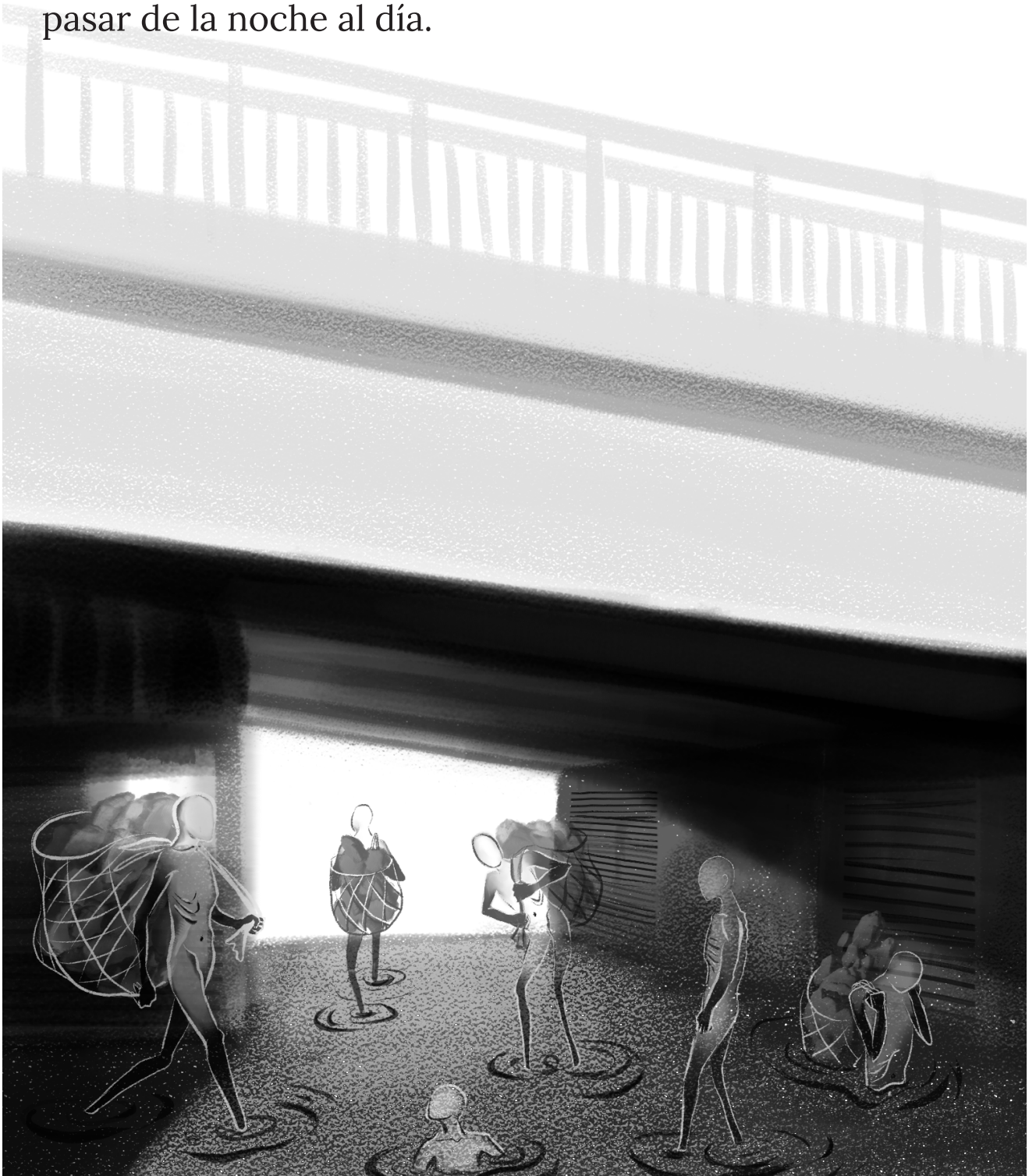
te. No podía creer que estuviera muerta. Para los demás, ellas equivalían a brujas o vampiras, para mí, lo contrario, dos mujeres frágiles y sensibles, que intentaban sobrevivir a un mundo demasiado terrible, un mundo habitado por personas supersticiosas. Me pregunto quién es el verdadero monstruo aquí. Mi mente hasta ahora no deja de pensar en ese tibio mordisco, en la ficción de los encuentros nocturnos, pero, sobre todo, en el grito vehemente de aquella noche: vampiras.



La ciudad un río

Deyvi Stevonn Gutiérrez Serna

Me dirijo en bus por el largo pasillo de la avenida Simón Bolívar de Dosquebradas. Me separa de Pereira esa frontera que representa el puente colgante que reposa sobre una misma tierra que adquiere nombres diferentes en cada uno de sus lados. Voy al encuentro de una ciudad que se transfigura al pasar de la noche al día.



Al cruzar por el Viaducto hacia Pereira, la avenida del Ferrocarril va apareciendo bordeada por almacenes de venta de repuestos y accesorios para motos, muchos talleres con filas de vehículos a sus afueras y algunos bares. Mientras avanzo, puedo ver varios lugares debajo de unos puentes donde la miseria y la delincuencia me ofrecen lo que en apariencia es una inofensiva mirada diurna. Si en nuestra cultura popular estamos plagados de historias de seres como los fantasmas que son la sombra de lo que alguna vez fueron, estas personas parecen encarnar esas figuras; pasan por lugares aislados desvaneciéndose en sus vicios y causando impresiones de terror más que de pesar. Otras personas realizan el famoso “Cambalache”: extienden en el suelo artículos usados para venderlos o cambiarlos. El bus pasa por debajo del puente, que por la calle catorce permite seguir a Álamos, llevándonos a una de las partes más notorias de la ciudad: la plazoleta Ciudad Victoria.

Salgo del bus y empiezo a caminar por la parte de abajo de la plazoleta; dejo a mis espaldas el insinuante almacén Éxito. En el corredor de la plaza, los rostros de algunos vendedores me inquietan con la mirada para luego volver a sus oficios. De todos lados sale gente con paso rápido; muestran angustia por salir de ese espacio que hay entre una ocupación y la otra; se ofrecen a la realidad que sa-

ben que les espera.

Algo en nosotros se resiste a pensar que el mundo cambie lo suficiente para extraviarnos al salir a la calle al día siguiente; pero todo, aunque sea de forma mínima, cambia. Es lo que pienso cuando me percató que la fuente a mi izquierda vuelve a recuperar ese estado de abandono en que la conocí, luego de haber sido restaurada y puesta en funcionamiento durante algunos días. Majestuosa dejaba fluir el agua que brotaba desde su centro por los delgados canales de cemento. Tal vez, el motivo por el que la privaron del líquido fueron los habitantes de la calle que vi bordear la fuente como si fuese un baño público que se abría ante sus ojos.

Algunos paseantes quizás no hayan visto salir agua de la fuente y crean que lleva mucho tiempo así; como muchos jóvenes que pasan por el centro comercial, los almacenes del sector o incluso el Instituto de Cultura, sin saber que en todo este espacio estaba la parte más extravagante de la ciudad. Recuerdo la antigua Galería y “El mechero”, todo un centro de comercio dedicado a venta de ropa de segunda; y recuerdo también a los delincuentes y consumidores de drogas que pululaban en el sector en una suerte de bajo mundo.

En alguna ocasión le escuché decir al escritor Gustavo Colorado que la vida es como la forma de la fuga en la música clásica, que necesita todo lo to-



cado anteriormente para seguir adelante con las variaciones. El presente es la gran fuga: todo lo pasado viene a configurar el ahora con algunas variaciones y esperanzas. Pienso en la antigua Galería, los puentes de la avenida del Ferrocarril y los modernos centros comerciales; y así como puedo ver el eco de esta ciudad en los municipios más cercanos, veo con angustia el eco de esas grandes ciudades de Colombia en Pereira. Una ciudad cosmopolita, siempre conjugando toda la visión del país en un punto de cruce en el que los dioses transfigurados dejaban sus fardos de mundo en las posadas y hoteles.

Luego de meditar un rato en alguno de los cafés de la ciudad, que indulgentes se abren a mi paso entre el tránsito de mis ocupaciones, camino por alguna de las emblemáticas calles pereiranas. Muchas veces me encuentro pasando por la novena entre las calles 18 y 19, bordeando la moderna arquitectura de la biblioteca del Banco de la República. Ya no espero que mi ciudad se parezca un poco a ese lu-

gar que me vio cambiar, tampoco que contenga los mismos elementos de la semana pasada, incluso del día de ayer. Mientras pasa el día voy navegando por Pereira como en aquel río de Heráclito, en el que ni la ciudad ni yo somos los mismos con el correr de los días.



¡Mamá! No quiero sopa de brócoli

Diego Firmiano

Juanita dice que olvidar es divertido. La miro y recuerdo cuando vi a papá encima de mamá haciendo cosas. Ella reitera que a eso se refiere, que esa noche ellos jugaban al Servicio Secreto, a puerta cerrada, hablando entre las cobijas. No me lo creí. Le pregunté a la sabelotodo.

— ¿Y sobre qué hablaban esos dos agentes?

—Es muy simple. Dijo. Esa noche planeaban ir a la mañana siguiente al mercado a comprar brócoli, espárragos y cebolla.

— ¿Y cómo sabes eso?

—Es muy simple. Yo estuve nueve meses en el cuerpo de mamá, así que todo lo que ella piensa, desea y planea, yo lo sé.

— ¿Y por qué yo no lo sé? También estuve en la pancita de mamá.

—Porque tú naciste a los siete meses.

No supe qué responder, aunque recuerdo, al día siguiente, luego de verlos jugar al Servicio Secreto, almorzamos sopa de brócoli.

Mi hermana tiene catorce años y yo doce, por eso ella siempre conserva la boca untada de razón. Yo no la contradigo, es más, dijo, que si intento hacerlo, un sapo me lanzaría leche por los ojos. Juanita suele darme consejos como estos mientras se hala las trenzas igual que un monaguillo replicando las campanas de una iglesia.

La miro, sonrío, escucho (y no sé si obedezco,) pero

la verdad solo pienso en el camión de la NASA que me trajo la tía Julia del extranjero y que no hallo. Mi hermana asegura que mi otra tía, Lucero, lo escondía para dárselo a su hijo, es decir, a mi primo, para que jugara con él en mi ausencia.

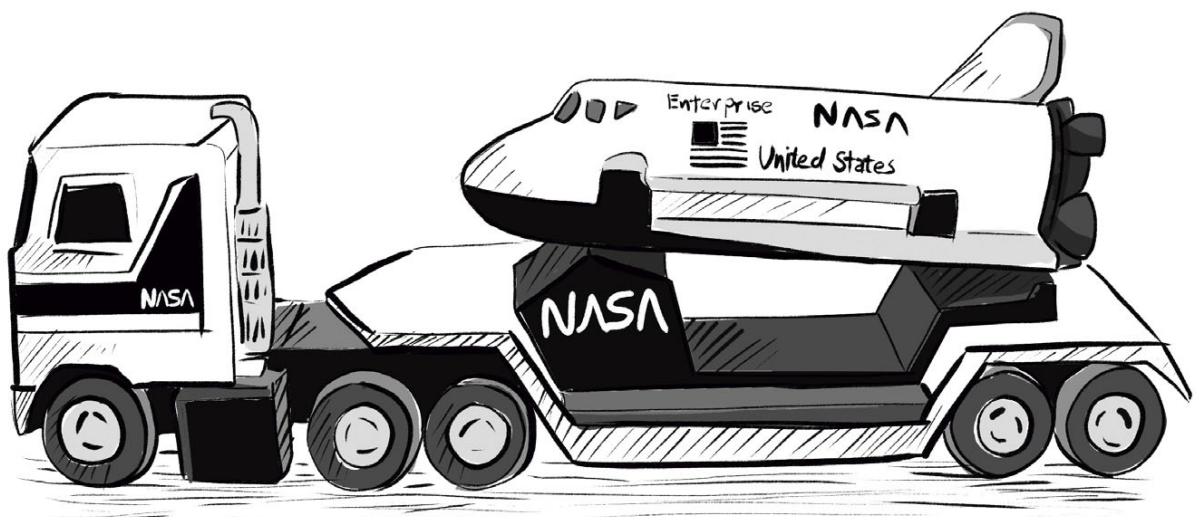
No me lo creí.

Yo suelo pasar con mis pensamientos y mi hermana con sus amigas. Con Andrea, la niña de pecas hermosas, esa que al nacer, creo, Dios le roció chispitas de chocolate en el rostro. También se junta con Camila, la niña que tiene la cara blanca como un queso. Alguna vez quise jugar con ellas, pero Juanita me puso el límite.

—Los niños no juegan con las niñas, porque las niñas hablamos cosas de niñas.

No sé a qué se refería con eso de “cosas de niñas”, pero cautelosamente me escondí debajo de la cama para escucharlas.

—Camila— preguntó Juanita —¿Ha visto a Carlitos?



Ese niño es tan adorable. Lástima que la mamá le lleve la comida al descanso.

—Sí. Es muy lindo. Yo cocinaría para él.

— ¡Camila! ¿Cocinarías para Carlitos?

—Sí, y no solo para él sino también para nuestros hijos. Prepararía sopa de cebolla o tomate o brócoli para que sean sanos, bellos e inteligentes. Porque, ¿para qué tener burros en la casa?

Al escuchar el nombre de esas verduras me dio náusea. Hice un intento de arcada y las niñas, asustadas, miraron bajo la cama y me sacaron a empujones.

— ¡Donato Ospina! Eso no se hace. A las niñas no hay que espiarlas. Ustedes los niños no nos entienden, y si le dice a papá o a mamá lo que conversábamos, yo le digo a ellos que usted veía películas prohibidas.

Enmudecí y olvidé el asunto. Pensé si acaso las niñas también sienten curiosidad sobre qué hacemos los niños cuando estamos solos.

Busqué de nuevo mi camión de la NASA. Llamé a mi primo, hijo de mi tía Lucero, para que me ayudara a encontrarlo, pero se excusaba diciendo que no sabía de qué juguete hablaba, que no había visto nada, que a él solo le interesaban las niñas, especialmente Camila, la amiga de Juanita.

— ¿Se refiere a Camila la del colegio “Nuestra señora de las flores”?

—Es que existe acaso otra Camila más bella— Afir-
mó con indiferencia.

—Ella dice que cocinaría para el niño que llegue a
ser su novio— Dije.

— ¿Cocinar? Quién desea una novia bonita para eso.
Yo me la comería cruda.

No supe qué dio a entender con aquello. ¿Acaso mi
primo comía gente como en ese programa donde
un señor se come a otro? Esa película que mi her-
mana dice, está prohibida para los niños. No lo sé.
Solo sé que mañana debo madrugar, y mis primeras
palabras al despertar serán:

— ¡Mamá! No quiero sopa de brócoli.





Otros instantes del conflicto

Jesus Antonio Castillo

Es el 22 de agosto del 2022. Hace calor, es usual acá. Cae la tarde. En el portón de mi casa desprevenida-mente hablo con un hombre, de oficios, familia y vi-
vencias. Él me ha contado de su infancia; yo, de mi quehacer como docente, entre relatos y anécdotas con estudiantes y colegas, incluyo mi actuación como mediador en la toma armada por las FARC, en Santa Cecilia, el 17 de marzo del 2.000. Concluyo. El hombre ha escuchado atentamente. De súbito encuentro gran sentido a la charla, cuando surge por parte de él una historia que capta vivamente mi interés. Él actualiza recuerdos y pausadamente me relata:

Profe, yo fui mando medio en la guerrilla, filas de las FARC, frente Aurelio Rodríguez. Operábamos por el municipio de Nóvita, Chocó; cercano al Río Tamaná. Allá, como aquí, la mayoría es gente negra. Personas humildes que se acomodaban a la tensión que originaba nuestra presencia. Hay allá bosque, humedad y enfermedades. Para nosotros, como grupo armado, como para la población, la vida era dura. Igual que en otros lados, había personas con vínculos al movimiento, tal vez por presión, curiosidad o aventura; eran llamados “milicianos”. Estaban dentro de la población, pero sin uniforme.

El hombre continúa: Frecuentemente uno de ellos me informaba acerca de alguien que robaba plátanos en las parcelas, gallinas en solares ajenos y que

se involucraba en chismes. En varias ocasiones el miliciano me abordó.

—Camarada, hay un señor ladrón y chismoso. Hace mucho daño, es mejor ejecutarlo—

Mi interlocutor prosigue: Tomé en cuenta la información, el acusado era de esa comunidad. Convoqué a una reunión para tratar el tema.

La gente acudió. Saludé a todos. Ahí estaba el hombre. Les dije sobre el porqué de la reunión, y dirigiéndome a él le hice saber de qué se le acusaba. Él permanecía callado. Interrogué a varios asistentes, si el señor robaba y se metía en líos. Nadie afirmaba o negaba. El acusado tampoco respondía; mostraba mucho nerviosismo. Sentado en una banca permanecía cabizbajo. Todos mostraban miedo y confusión, algunas mujeres empezaron a llorar; la gente se le fue apartando, murmuraban —lo van a matar—

—Por favor, no lo maten— clamaba una mujer desde afuera —tengo tres hijos

de él, ¡por Dios!, no los dejen huérfanos—

Era verdad, el se-



ñor tenía más hijos, porque desde afuera otras mujeres a gritos pedían perdón para el acusado.

A estas alturas tengo contenida la respiración. Escucho en vilo la narración. No quiero interrumpir. Mi interlocutor hace una pausa y me mira fijamente, preguntándome.

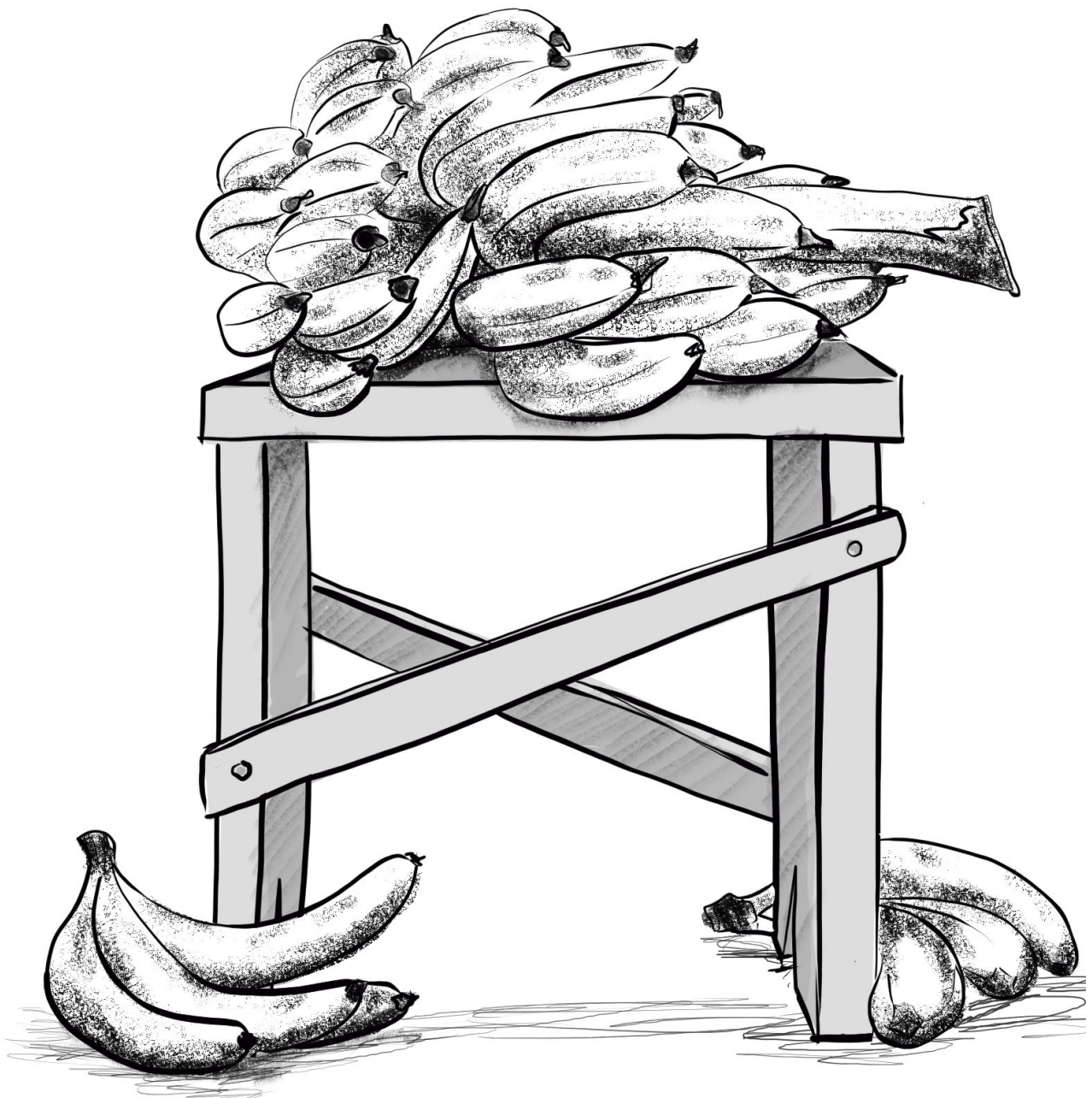
—¿Qué cree que hice Profe?

—No sé.— le respondo lacónicamente —sígame contando— Él continuó.

En el salón se escuchaban sollozos. Ya estaba convencido de que las acusaciones eran ciertas. Varios hombres a mi cargo estaban ahí conmigo, todos armados. Bastaba que yo diera la orden para sacar a ese hombre del lugar y ajusticiarlo. El narrador hace un paréntesis y precisa: Robar, ser paraco, consumir o expender vicio, ser chismoso y maltratar a las mujeres eran prohibiciones que hacía la guerrilla a la población.

Mi memoria recuerda esas mismas palabras sentenciosas. Las dijo el comandante guerrillero Gaddafi, en el mes de agosto del año 2.000, vereda La Punta, jurisdicción del corregimiento, en una reunión. Allí estaba también el alcalde del municipio — las ejecuciones en su mayoría se llevaban a cabo en el Puente de la Unión, considerado el patíbulo— la historia se articula- pienso.

El narrador continúa: Desde fuera se seguía escuchando llanto y lamentos de mujeres, una de ellas



entró al lugar, iban varios niños. Permanecí silencioso mirándolos. Leí susto y miedo en sus ojos. Llamé al señor por su nombre, le pedí acercarse. Lo hizo. Volví a interrogarlo, ésta vez afirmó, lo mismo hicieron algunos de los asistentes. Pensé en el dolor de los hijos; en la soledad y tristeza de sus mujeres, entonces le dije: —Voy a darte una oportunidad, lo hago porque en tu familia hay hijos menores; te vas a comprometer, no solo con nosotros como guerrilla sino con tu comunidad, a dejar esos malos hábitos; te vas a poner a trabajar para mantener a tu familia y dar buen ejemplo— El hombre temblaba, levantó el rostro, juntó sus manos, en actitud pasiva, pero en voz alta dijo —sí me comprometo— La tensión y nerviosismo colectivo se hicieron tranquilidad. La reunión terminó, la gente charlando salió para sus casas. El narrador pausa, me dice: Profe, era mi propósito ajusticiar a ese hombre, pero le confieso, lo que viví allí, me conmovió. Finaliza. Solo puedo decirle que, por hoy y por lo que soy, haber actuado así, en medio del conflicto, siendo nosotros la única autoridad, me hace sentir bien, me da tranquilidad...

Gran testimonio que recibo. También yo estoy conmovido, con la piel erizada; contengo mi llanto... Estoy hablando con un firmante del acuerdo de paz, natal del Chocó, nombre completo Juan Bernardo Cuesta. Afrodescendiente que participa en convites

comunitarios, hace poco recibió su diploma de bachiller; es padre de familia, va y viene entre la gente como un vecino más, persona con cara y nombre conocidos, cosecha plátanos... Me ha contado un fragmento de su vida.

Sin duda esta narración, en un lugar, con unos actores, con sesgos diferenciados; es para reproducirse y difundirse. Es un genuino testimonio del poder de LA VERDAD.



A lomo 'e mula

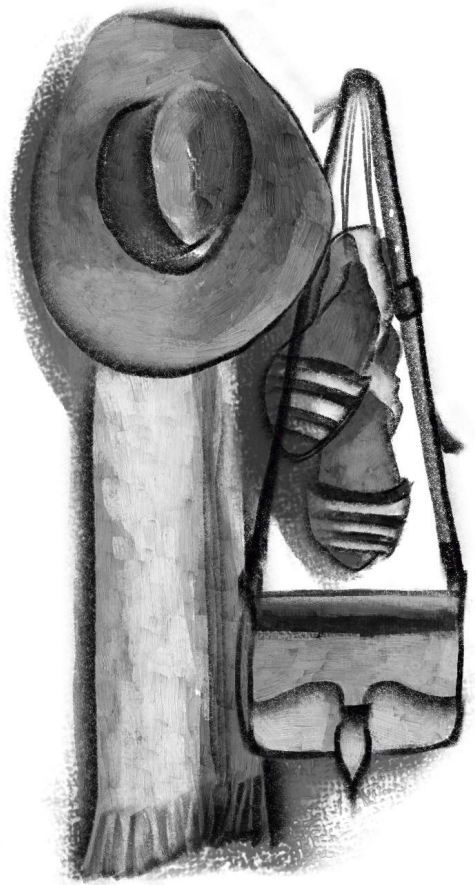
Angela Morales

“Nerón, va y me trae a la Suavecita sin írmela a morder” se acuerda José Valencia que le decía a su perro para que trajera a la mula que más quiso en su época de arriero.

Detrás de la puerta verde y alta se esconde don José, arriero de nacimiento. Desde los cinco años empezó a trabajar con su padre y, por medio de los elementos que conserva en los diferentes espacios de su hogar, le hace un gran homenaje. Nombra a don José Valencia con el respeto más grande que un hijo puede ofrecer mientras recuerda cómo se crió en el mundo arriero. Aunque fue un trabajo duro, afirma que era necesario hacerlo; que gracias a los ocho bueyes y las seis mulas que tenía su padre, pudieron traer desde el muelle de Buenaventura muchos elementos para construir los pueblos de tradición cafetera.

Nació en la vereda Santa Teresita en Filandia, Quindío, en 1938. Siendo el cuarto de siete hermanos, creció en medio de una familia humilde con un fuerte amor hacia el trabajo. Cuenta que los arrieros, con sus pies descalzos o con alpargatas, caminaban largas horas junto a sus mulas. Vestían de pantalones arremangados generalmente hasta las rodillas, y cubiertos con un delantal corto, de lona

gruesa, que denominaban “tapapinche”. Usaban también un poncho delgado, sombrero de caña y un carriel donde guardaban todo lo que el camino pudiera pedir: jabón, espejo y peinilla, un par de dados, una imagen de la Virgen del Carmen, tabacos y cartas de amor que cubrían un mechón de cabello de la mujer amada. Después de largas y fatigosas jornadas, los arrieros paraban a descansar en fondas para preparar la comida e iniciar la tertulia con otros caminantes. A don José lo acompañó Leonidas Gálvez, a quien nunca le faltó la guitarra para la tarea diaria y, mientras se preparaban, animaba con sus dulces canciones. Llegar a estos lugares no era posible sin estos animales, los cuales servían no solo para el trabajo sino también como compañía: el burro, que aportó la resistencia; el caballo, la habilidad y la inteligencia; la mula y el buey, la lealtad y compañerismo. Tiene colgado en la pared el atuendo típico de un arriero. Las alpargatas, famosas sandalias fabricadas en fique, tela burda, lona resistente o cuero; el



poncho o mulera, un retazo de tela rectangular, utilizado por el arriero para proteger su rostro y su cuello del frío; el tapapinche, una especie de delantal grueso de cuero o lona, utilizado para proteger el pantalón; el sombrero antioqueño o aguadeño; el zurriago, látigo con que se estimula la mula o el animal carguero; el machete o peinilla y el carriel, esa especie de bolso de cuero que se colgaban al hombro, y está elaborado con piel de nutria.

De los elementos que cargó en el carriel durante su vida como arriero, don José coleccionó un ochenta por ciento. Estos están expuestos en una vitrina que se logra observar al subir los dos escalones que lo separan de la calle. Allí se ve desde el primer jabón con olor que llegó desde Estados Unidos, pasando por las agujas necesarias y elementos de aseo, hasta la primera candela que llegó desde Francia para prender el tabaco.

Sonríe al sacar con cuidado la cuchilla de afeitar que usó su padre y que él nunca logró controlar. Estos elementos, que llegaban por el Pacífico en cajas grandes, eran repartidos por todo el país gracias al trabajo de los arrieros que trajeron mercancía por los caminos de tierra entre montañas hasta ciudades como Manizales, Ibagué y Bogotá.

El arriero, en un tiempo que no había escuelas, tenía una inteligencia única, talento, guapeza y resistencia. Como se puede observar en don José, el arriero

era de temperamento fuerte, pero tenía paciencia y manejaba bien el lenguaje. Con tesón, abriendo trochas, luchando contra la maleza, desafiando los rigores del tiempo, venciendo ásperos obstáculos, rompiendo la montaña y probando la resistencia del cuerpo, el arriero fue el verdadero constructor del progreso colombiano.

A los arrieros debemos el transporte de alimentos, materiales de construcción, medicinas, carga de conocimientos de generaciones pasadas y de las sanas costumbres que poco a poco se han ido per-



diendo. Y, a pesar de que es difícil verlo sonreír, don José habla con la misma firmeza que seguro tuvo cuando era tan solo un joven siguiendo los pasos de su padre.

Está sentado en la pequeña habitación que arrienda a una cuadra de la plaza principal del pueblo que lo vio crecer. Allí el espacio alcanza para una cama sencilla, los elementos que atesora con el alma, una pequeña mesa para comer y el baño. Cuenta sus historias con tenacidad y un toque de cariño que hacen volver a cualquiera en el tiempo para sentirse un arriero más.



**Gio Momota,
“El Barranquero”**

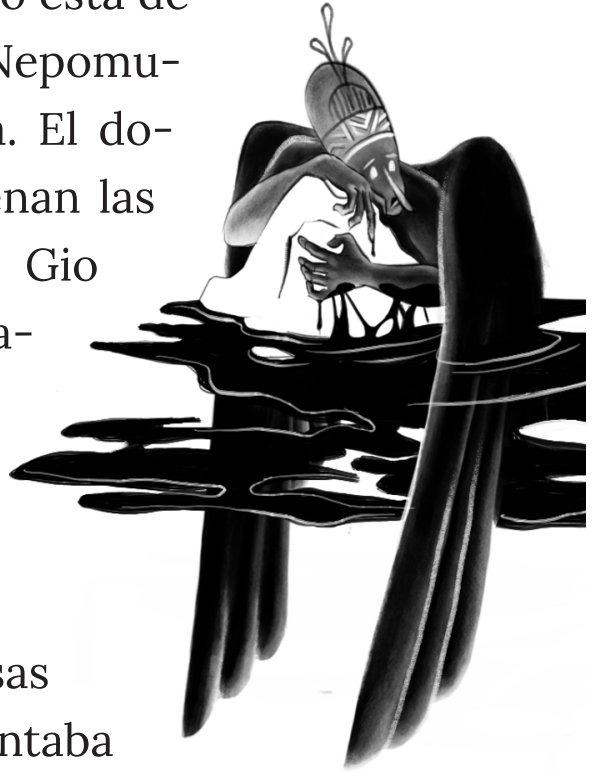
Carolina Hidalgo Echeverri

Mi abuelo Fred Harding leía sus cuadernos de caligrafía del siglo XIX —al ángulo de sus cejas pobladas, en un canto ahogado que le pertenecía a su carácter—. La vida de Gio Momota “El Barranquero”: su familia decidió desplazarse a los cinturones del ecosistema del Otún, entre las quebradas Cantamonos y las Cristalinas, por la ruta Nankuer, que significa “mujer” en lengua Quimbaya, Ankuer es el sufijo “sal”, la ruta de las mujeres de sal. Ellas han parido sus hijos junto a las piedras escritas del churo cósmico que irradia la belleza del lenguaje andino.

Gio nació en una tarde de diluvio; plateados gote- rones abrazaron la tierra, dejando todo nuevecito. Techos de zinc y barro sonaban a cocos. Cortinas de árboles se fueron al río. Su aroma a raíz se ex- tendió en la finca. El nido de sus padres estaba lo suficientemente alto y profundo en la montaña. Gio rompió con sus alas el cascarón. Lo primero fue: la corona verde esmeralda alrededor del cuello de su padre. Su madre hizo un saludo a los siete vientos. Seis meses después, Gio se alimentaba de insectos, caracoles y ciempiés.

Un día, Gio se agachó para tomar un poco del agua del río que pasaba inquieto. Era fácil detectar la hú- medad desde los vientos del Norte de la cordille- ra occidental. Su sonido asemejaba el estómago de tres barbados. Eran las cinco de la tarde.

—Has visto maestro, ¿cómo está de rancia el agua?— Señaló Nepomuceno con mirada perpleja. El dolor agudo en la boca. Suenan las campanas de la escuela. Gio sale de su conmoción y llama a niñas y niños que a esa hora toman su descanso: Cock, cock. Sólo sonrisas y juegos vibran. Gio cuidaba de tan hermosas criaturas del universo. Contaba



a sus estudiantes lo importante del silencio y la conexión con la naturaleza. A Gio le embargaron pensamientos confusos. Contrariado entre la visión del río Otún, y la cantidad de gente que se dispersa ante el inminente aguacero.

Al bajar por una de las cimas, que le acercaban al último parque, un microbús se entrecruzó en su camino y por poco le mata.

Al levantarse pudo comprobar que se trataba del transporte de la escuela, que a esa hora se devolvía del planetario con alumnos y profes. Curiosamente, venía su abuelo materno. Gio fue alzado y continuaron sus canciones de regreso a la escuela.

Yang es una escuela al interior del campo que incurre en tomar los conocimientos ancestrales y occidentales en una disposición espiritual para el

individuo y el colectivo. Tan polifacética y auténtica que todos prefieren vivir allí y viajar los fines de semana a casa. La escuela conserva su arquitectura indígena. Armada de las más ricas maderas volátiles a la imaginación. Se extiende en hectáreas de tierra fértil como una muralla híbrida de montaña y costumbres.

—¿Qué estabas haciendo?— pregunta Lira, una de las maestras de tejidos. Gio le explica:

—trataba de llegar pronto a casa, así que tomé el semáforo en naranja.

—Rectifica el tiempo— Le aconseja Lira —y explora el tejido. No necesitas sacudirte para entender la tranquilidad Gio, ¡juegas tu vida!

—Por supuesto maestra— Gio recibió su consejo con humildad. Permanece en actitud de veneración



para concentrar el dolor que le aqueja en la pata. Aún no podía entender su temor devoto del estado del río Otún, y tal vez necesitara preguntárselo a su abuelo quien jugaba con los niños y sacaba una marioneta de enjambre para distraerles con historias. —¿Qué te pasa hijo?— le preguntó al ver su cara de angustia.

—No sé, creo que es bueno desalojar a los niños de la escuela. He visto el río alzar crestas de seis metros. Podría ser un estremecimiento de la laguna. Lo que no sabemos.

—¡Es muy difícil controlar estos temores hijo! Tendrás que ir donde el indio Julio, y le preguntas de tus dudas. No vaya a ser que el estrago de la naturaleza esté en movimiento en tu interior, así sería mejor pedir consejo.

Genaro, como se llamaba su abuelo, le apretó la mano delicadamente.

—Yo quisiera explicarte muchas cosas, por ende, estaré en la escuela muy cerca. No te preocupes—. Cuando llegaron, todos fueron a la cocina para calentarse cerca del fuego, esperar sus chocolates e ir a la cama con sus historias de astros.

El montón de tierra se vino río abajo. Las calles, los transeúntes y las luces opacaban el sueño. Gio gritó con fuerza hasta perderse con el traqueteo de palos y piedras que le rozaban las patas. El río había tomado la altura de un hulk enfermo. Aferra-

do a sobrevivir. Las manos cedieron al cansancio, y en una toma de segundos quedó suspendido de las alas. Una corriente de agua le jalonó como si fuera devorado por su infinito poder, no tuvo consciencia cuando su cuerpo rodó entre la avalancha, pero en un abrir y cerrar de ojos, como si despertase de una pesadilla, se encontraba como alga, aferrado cuerpo y voluntad a una piedra. No sabe cuántas horas pasaron. Logró alcanzar el ascenso de la otra orilla. Lo más liviano y ágil posible. Se encontraba de este lado que divisa al pueblo.

En estas tierras hay túneles que dejaron los españoles cuando sacaron el oro, con sus presos y aventureros. Aún se encuentran socavones abiertos. El oro se encuentra enterrado, porque el de fácil acceso se lo llevaron.



Lunes asfalto

Andrés Galeano

Lo tenía claro. Si ese lunes no le sucedía algo extraordinario se mataba. ¿Cómo? era lo de menos. Trabajaba en un décimo piso. Un sólo impulso bastaría.

Como todos los días, Evaristo salió a la calle y abordó la ruta 12 que lo dejaba a tres cuadras y media de la Alcaldía.

Entró por inercia al viejo edificio administrativo y subió los diez pisos por el ascensor de siempre. Saludó con desdén a unos cuantos artistas-lagartos y dudó en entrar a su despacho. Sabía lo que le esperaba: la neurosis del gerente, las cuentas de cobro represadas y el desprecio de muchos funcionarios y contratistas.

Pese a esto, entró.

—QUE LOS VUELVA A CUMPLIR, QUE LOS SIGA CUMPLIENDO HASTA EL AÑO TRES MIL. ¡DIEZ!, ¡VEINTE!, ¡TREINTA!, ¡CUARENTA!, ¡CINCUENTA!

Ahí estaban todos rodeando al gerente, acorralándolo con esas sonrisas falsas y esos ridículos gorros de piñata, apretujando sus cabezas.

—Muchas gracias a todos por esta grata sorpresa y por estos lindos regalos. Brindo por esta empresa, por este trabajo y bueno... A trabajar, que para eso nos pagan—.

En cuestión de segundos, todos volvieron a sus respectivos cubículos, renegando entre dientes por la cuota de regalo obligatoria para un jefe que detes-

taban.

Evaristo, por su parte, se clavó en su escritorio y encendió el PC para retomar los pendientes, pero en esas, su jefe lo abordó con un ánimo renovado.

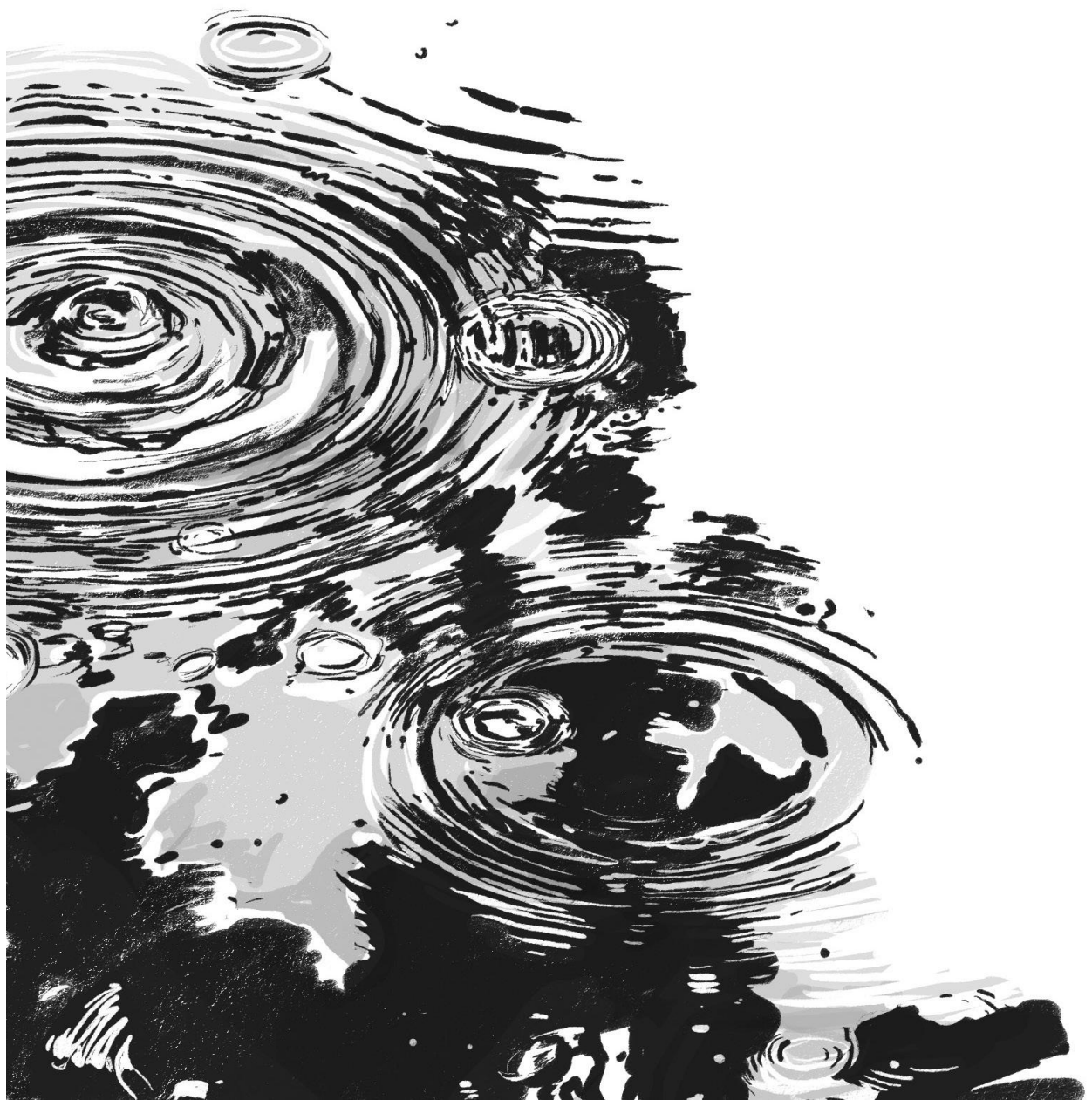
—¡Evaristo! Llegó tarde, se la perdono por ser mi cumpleaños. Venga y brinde conmigo. Un whisky al año no hace daño—.

Al brindar con su jefe, Evaristo creyó encontrar eso tan extraordinario que se había impuesto para no acabar con su vida. De no ser así, cómo se explicaría esa fiesta sorpresa. Nadie le había dicho algo al respecto. No pudo haber sido una coincidencia...

¿O sí?

Evaristo recordó acongojado que, desde el septiembre pasado, sus colegas decidieron excluirlo de todo evento social por haber aceptado jugar amigo secreto y faltar a la entrega de regalos.





Con la moral en el suelo, Evaristo comprendió que aquello tan extraordinario que buscaba estaba lejos, como su fe y sus ganas de vivir.

Como un regalo del Cosmos para todos, empezó a llover y nadie, excepto él, se percató de este prodigioso milagro con granizo incluido.

En su afán de señales, Evaristo pensó que si llovía tan fuerte era porque Dios quería concederle un secreto que, posiblemente, evitaría su fatídico final. Por ello, se levantó de su silla y sin mirar atrás salió al balcón para sentir cómo la lluvia caía sobre él antes de tocar el mundo.

Como era de esperarse, sus colegas alertaron al jefe que llegó a poner orden.

—¡Evaristo! ¿Qué hace mojándose? ¿Se enloqueció? ¡Éntrese!

—No, jefe, venga. Mójese conmigo.

En medio de las burlas, el jefe pensó en entrarlo a la fuerza, pero se contuvo al ver en sus ojos la silueta del Diablo. No era el Evaristo sumiso lo que tenía al frente, era un desahuciado de la vida a punto de saltar.

—Cálmese Evaristo— susurró el gerente —entre y hablemos con calma.

—No. Venga y mójese. ¡Venga!

Los funcionarios y fisgones, felices con semejante espectáculo, se aglutinaron en la puerta del balcón para vaticinar posibles desenlaces.

—¡Se va a lanzar!

—Son diez pisos. Se le estallará la cabeza.

—¡Cállate, por Dios!

—¿Será que el jefe se va a mojar?

—¡Qué se va a mojar esa Barbie!

—¡Shiii! Cállense. El jefe le siguió el juego.

Contra todos los pronósticos, el jefe salió al balcón y empezó a empaparse junto a Evaristo. Solo bastaron un par de segundos para que su traje de paño se hiciera nudos de agua en descenso.

—Ya está. Me estoy mojando— sentenció el gerente

—¡Entrémonos!

—¿Acaso no lo ve? Es la vida. Esta lluvia que viene de arriba... es la vida.

—Evaristo ¡Por favor!, mire como nos miran, van a pensar que estamos locos.

—¿Y no lo estamos?

—¡Claro que no! Usted es un excelente auxiliar administrativo. Treinta y dos años de servicio lo confirman.

—No me haga reír jefe, porque me lanzo.

—¡No! Espere. ¿Qué quiere? ¿Más sueldo? ¿Un encargo? Podría recomendarlo. Calificarlo con un 100. ¿Qué es lo que quiere? Dígame.

—¿Qué quiero? quiero seguir existiendo siendo otro. Odio a Evaristo. Todos aquí lo odiamos.

—No se tire tan duro. Si necesita un psicólogo, se lo gestiono con Talento Humano.

—¡¡¡NOOOOOO!!!...—gritaron todos al ver a Evaristo treparse a las barandas del balcón, y abrir sus manos como un Cristo suicida.

—Se va a lanzar. Que alguien llame a los bomberos o a su familia.

—No tiene. Su esposa murió hace poco y nunca tuvo hijos.

—Pobrecito. Con razón.

—Evaristo, no cometa una locura— suplicó el gerente.

—Jefe, deme una buena razón para no lanzarme.

—Son diez pisos, Evaristo. ¡Reaccione!

—Que me de una buena razón— repitió el funcionario empapado de llanto y de lluvia.

—¿Por qué quiere matarse? ¿Dígame?

—Que me dé una razón, se lo suplico.

—Evaristo... Se lo suplico.

—¡¡Que me dé una maldita razón!!

—Allá abajo, en la muerte. No llueve.

Evaristo encontró la respuesta que buscaba ese lunes, para seguir postergando su estallido contra el asfalto.



La desvirolada

Lina María Benjumea

La clase de arte barroco cerró con la petulancia del profesor hablando de Caravaggio, pidiendo a sus estudiantes una interpretación semiótica de su obra para la siguiente sesión.

Sara se apresuró a la biblioteca para prestar el libro de arte de E. H. Gombrich. Apurada llegó al cuarto oscuro de estudiantes en la casa de doña Elvira, quien horas antes le recibió la paga del mes y le entregó las llaves mogosiadas. Era el cuarto más alejado, se respiraba verde mohoso, la humedad penetraba la piel, pintaba los muebles y la cama de una lama delicada; así también estaba el armario viejo que permanecía en la habitación, el cual no



dudó Sara en abrir.

Mientras esculcaba los cajones, los recuerdos del viejo pueblo que la vio nacer venían a su mente. Recordó las veces que se escondía en el escaparate rodeada de cobijas cuando llegaba su padrastro, ahogada y en silencio total esperaba a que su madre llegara. Sabía que no quería volver a su pueblo, también sabía que no quería recordar más el miedo que le producía aquel hombre.

Al sacar los papeles y el cenicero, que estaban allí para introducir su ropa, estornudaba como elefante en una tormenta de arena; había recortes de periódico viejos, además, unos libros.

Entre la humedad y el asombro, leyó una nota del año 1975 del Semanario cultural de El Pueblo titulada “Pereirana desvilorada gana el premio Vivenencias” y debajo de este, encontró dos libros. No pasaron muchos segundos para que sus ojos hicieran el veloz barrido a las letras.

Aunque debía arreglar el desorden del cuarto, pensó en el exigente profesor y se dispuso a leer el libro de arte, Da Vinci, Miguel Ángel, Caravaggio... entre las obras y los nombres se le cruzaba la nota del periódico, ¿Quién era la desvirolada?

No pasó mucho tiempo para saciar su curiosidad: encontró información en internet y se desbordó entre el enigma y el asombro de una escritora pereirana a la que referenciaron con un desafortuna-

do adjetivo poco convencional y grotesco.

Vagar entre una información y otra le produjo aún más inquietudes, el libro de arte se le cruzaba en la cabeza, así pensó en las “desviroladas” del libro de E. H. Gombrich. Pasó una y mil veces por las páginas pero no encontró referencia alguna de mujeres en la historia del arte.

La ausencia de mujeres en aquel libro y la historia de Albalucía Ángel, una escritora colombiana poco conocida en su país, con una propuesta narrativa diferente, le suscitaron diversas preguntas que con ansias quiso responder.

En la mañana, el profesor Alfredo levitando de ego con su caminar, habló rompiendo la armonía, llamó al frente a sus estudiantes, después de 5 intervenciones salió Sara ojerosa y taciturna.

—Como han hablado tanto de Caravaggio, vengo a hablar de Artemisia Genti...—

Interrumpiendo la voz de Sara, el profesor dice —¿Estás desvirolada o en otra clase? estamos hablando de Caravaggio, como no llegaste preparada puedes salir—

Sara enmudeció, guardó sus cosas y con estallido cerró la puerta al salir. La nota final en cero, también era el final de la beca y la imposibilidad para continuar con sus estudios. Pero sabía que no podía volver a su pueblo.

En su bolso guardaba el recorte del periódico y las



notas de la historia de Artemisia, una artista del movimiento Barroco como Caravaggio, opacada en la historia por ser mujer. Bajo la mudez del viento, pensó en las voces de las mujeres silenciadas, así como en los silencios dictadores que promulgaron en su infancia, todos la querían callada y obediente, pero ella siempre quiso volar.

Después de muchas lunas, Sara presentó un trabajo investigativo en otra universidad sobre arte y literatura, empezando su discurso así: “Como no podríamos entender la historia del arte sin Caravaggio, tampoco podríamos entender la historia del arte sin Artemisia Gentileschi, De la misma manera, es importante Márquez como Albalucía Ángel en nuestra literatura...”

Mientras tanto, el profesor Alfredo, que vigilaba a su esposa María sospechando una posible infidelidad, se escondía entre el público, escuchando con extrañeza a la joven que un día sacó de su clase.

Tras los aplausos y el final de la intervención, Alfredo se apresuró sigiloso, vio a María ir tras una puerta, entre su ojo y la hendidura observó a Sara, la antigua estudiante, besar la boca de su esposa.



Subir la montaña

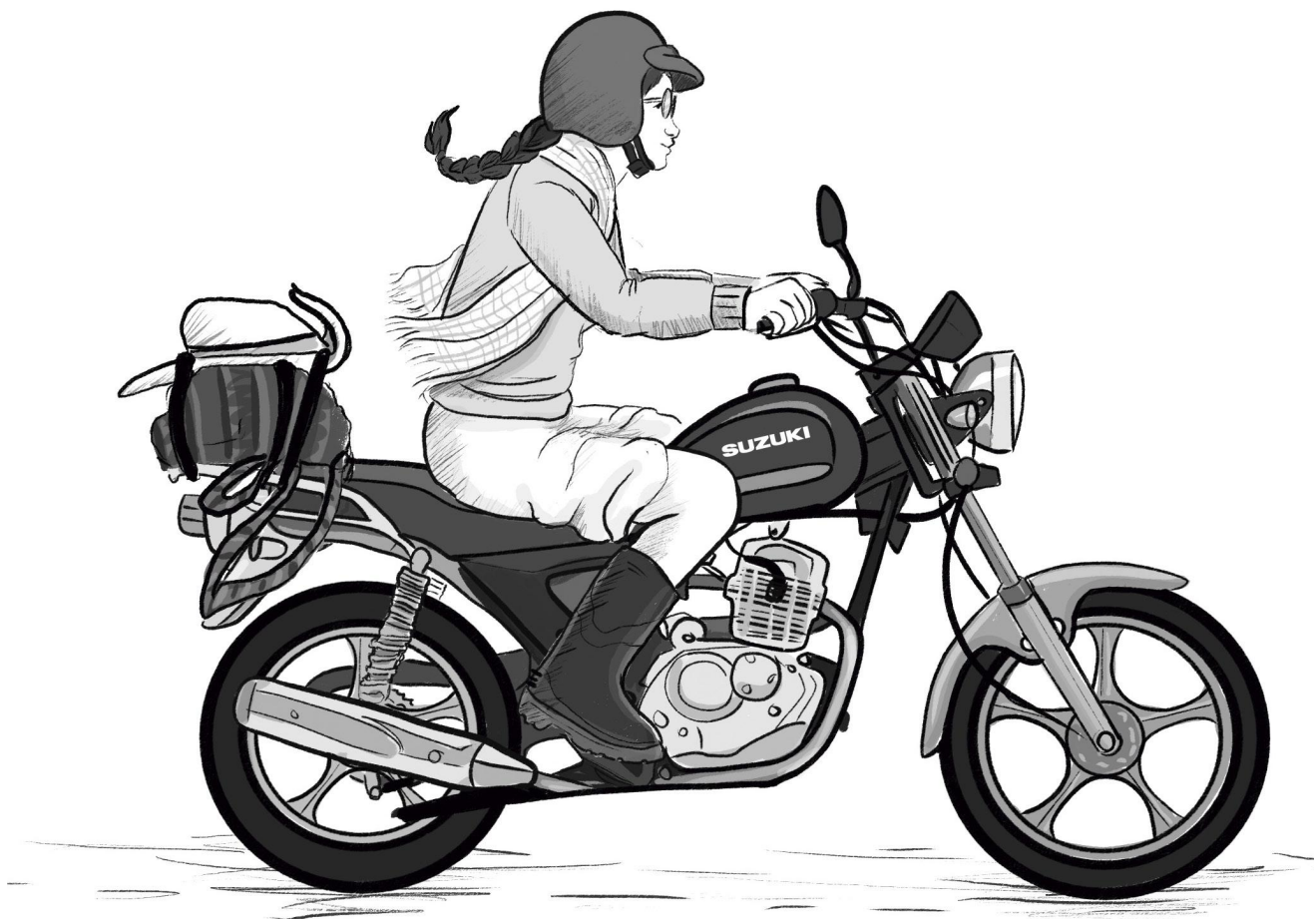
Daniela Mejía Castaño

*A Paola, Jarvi y Robinson.
Si se suman los años
que llevan subiendo la montaña
dan 34.*

El despertador suena a las 4:00 a.m., quien lo apaga es Katerine Hernández Tusarma, una mujer de treinta años que hace seis se graduó de licenciada en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Desde su graduación, Katherine ha hecho muchas cosas: trabajó proyectos de alfabetización con adultos mayores, se fue a Estados Unidos de América y regresó. En general, dice ella, creció y aprendió con dolor. Pero hay una cosa que hizo que le ha significado grandes choques culturales y alegrías: emprendió su vida como docente rural en resguardos indígenas, territorios de naturaleza vasta que la mayoría de veces están a grandes distancias de las ciudades.

Después de perecear un rato en la cama, Katerine se levanta y se pone un vestido fresco. Hace 28° y su piel está pegajosa. A ella y al apartamento de dos habitaciones en el que vive los abrazan las montañas y los bosques de Santa Cecilia, un corregimiento a casi dos horas de Pueblo Rico, Risaralda. Según sus habitantes, Santa Cecilia se fundó en 1895 por familias palanqueras, seres humanos que fueron esclavizados por los españoles durante la colonia, que se asentaron allí buscando un territorio para

ser libres del yugo impuesto por los colonizadores. Desde Pereira, la ciudad capital de Risaralda, hasta la casa de Katerine, en Santa Cecilia, hay 122 km que ella recorre una vez al mes para verse con sus amigas y familia. La mayoría de las veces, hace el recorrido en bus, otras veces en su Suzuki GN 125. “Una vez casi me coge un derrumbe, otra vez me cogió uno de proporciones inimaginables, tuve que dormir en casa ajena y dejar la moto, subir una trocha para llegar a otra carretera, y muchas veces hay rumores de grupos armados ilegales que hacen presencia en la vía”, dice. Katerine busca en su celular la página web de Radio Nacional de Colombia, le encanta escuchar el programa El campo en la radio



mientras prepara su desayuno y media mañana. Al salir de casa, sobre las cargaderas de su maletín, horizontal sobre su espalda, pone su sombrilla; se calza las botas pantaneras, y le pregunta a su vecina, doña Petra, si tiene empanadas. Katherine se compra dos, se monta en su Suzuki y comienza a recorrer su camino.

Atrás quedan el apartamento y la ventanita rectangular que está en la pared naranja de la cocina, por la que se ven montañas tapizadas de verde oscuro, sobre las que descansan nieblas silenciosas y amables, como caricias. Ya son las 6:00 a.m. y por la carretera se ven otras motos, camiones, gallinas atravesadas en la carretera —o carreteras atravesadas por el paso de las gallinas— y gente que madruga a trabajar.

Después de 20 minutos Katherine llega al sector de Itaurí, a la casa de la profe Paola, donde deja su moto guardada. La trocha hacia la escuela comienza con una bajada rocosa escondida entre arbustos que está a un lado de la carretera. La primera impresión que da ese caminito rocoso es que la subida será fácil, que el suelo estará seco, pero sólo será eso, una impresión.

Al poco tiempo se oye el rugir de la quebrada. Katherine pone los pies firmes en la orilla y después brinca para alcanzar la primera piedra, luego hace equilibrio en la mitad del cauce sobre otras piedras



y termina con un salto pequeño y firme al otro lado del charco. Sube callada, apenas se escucha la fuerza de su respirar, que ha ido domando después de cada subida. Al principio, 168 latidos por minuto, ahora 155. El recuerdo de la primera vez que subió la montaña está atravesado por una sensación de incomodidad: por esos días el virus estaba en furor, Katerine había tenido síntomas de gripa y temía contagiar a los coordinadores académicos de la escuela, que la acompañaban para mostrarle el camino, así que la montaña la subió con tapabocas. Dos hombres la sacan de sus pensamientos y hacen que disminuya el paso. “¡Fuerza profe, hágale que ya casi llega!”, le dicen, pero es mentira, o mejor, una broma. Para 2021, y según el DANE, había en Colombia 126.000 docentes rurales con asignación académica como ella. Personas que cruzan ríos, desiertos, suben montañas, acampan en días lluviosos y dejan atrás sus casas, sus ciudades, sus pueblos y familias para dar clases y compartir saberes.

Katerine termina de subir la montaña una hora y media después. Atrás quedan lomas empantanadas traga botas, pastizales, burros que se alimentan de esos pastizales, bosques, mariposas y árboles. A su llegada al colegio Etnoeducativo Emberá Chamí de la vereda Kundumí, Katerine comienza sus clases de español. Hace promoción lectora y lleva libros para que los niños se diviertan con ellos. A una de

sus estudiantes le entregará uno llamado El Planeta Lila, escrito por Ziraldo:

*Pero entonces
desde su nave
de repente
divisó
a lo lejos
su tierra natal
y dijo:
“¡Dios mío!, ¡quién diría!”
y sonrió
asombrado de su último descubrimiento:
el planeta donde él vivía
no era exactamente un planeta.
Era una violeta
guardada dentro de un libro.*

Al bajar la montaña y llegar a casa, Katerine revisará su celular, la aplicación la felicitará: “¡13,543 pasos, has cumplido tu meta del día!”



Brujas y Asociados

Santiago Yepes Serna

Marco siempre había sido curioso por naturaleza, y por eso la profesión de periodista le quedaba como anillo al dedo. Y esta misma curiosidad lo hizo seguir una pista hasta un pueblo muy apartado de las grandes ciudades. Allí una peculiar oficina de abogados resolvía problemas muy particulares entre la población.

Marco llegó hasta la oficina y luego de golpear la puerta le abrió una mujer muy elegante, al fondo otra mujer, muy parecida a la primera, le saludó con entusiasmo:

—¡Bienvenido joven! Pase y póngase cómodo, tenemos mucho de qué hablar...

—Gracias— respondió Marco mientras se acomodaba en un sillón de cuero, sacaba su grabadora y su libreta de apuntes.

—Bueno, primero que nada, mucho gusto, yo soy Norma y esta es mi hermana Fabiola, puede que nos vea jóvenes y bellas, pero como buenas brujas ya tenemos un par de siglos encima— ambas rieron brevemente y Marco simplemente asintió.

—Me imagino que tiene muchas preguntas, así pues, puede comenzar cuando quiera— afirmó Norma.

—¿De dónde surgió esta idea? ¿Lo de Brujas y Asociados?

—Bueno, las brujas hemos sido cazadas por las personas durante siglos, y pese a que algunas veces nos llevamos bien, la mayoría de situaciones nos

dejan muy mal paradas. Cuando estamos bailando en nuestros aquelarres la policía nos arresta, si nos transformamos en aves nos tiran piedras...y ni que decir cuando nos acusan de hacerle “brujería” al marido de una chismosa. En todas estas situaciones la bruja termina muerta o desterrada. Cansada de estas situaciones, me dediqué a estudiar derecho para saber cómo proteger a mis compañeras de forma legal.

—¿Y cómo ha ido todo desde entonces?— preguntó Marco.

—Pues yo diría que bien, a veces tenemos días buenos y otros malos, y por supuesto hemos extendido

nuestros servicios no solo a brujas sino a cualquier Espanto que lo necesite... ¿por qué no se queda un par de días y conoce nuestra labor de primera mano? Para mí es supremamente importante, que lo que estamos tratando de hacer, se conozca de forma masiva, es una manera de concientizar sobre el abuso al que somos sometidos nosotros, los Espantos.



Marco aceptó la oferta y por los siguientes días estuvo observando los curiosos clientes que tenía Doña Norma. El primer día apareció un demonio muy enojado diciendo que un chico le había vendido el alma a cambio de un auto de lujo, pero ahora no quería pagar su parte del trato. Luego de llamar a una conciliación, se acordó que el muchacho le vendería el alma de forma simbólica. Aprovechando que el demonio dirigía un Call Center, el chico trabajaría allí hasta pagar la deuda.

Al otro día, una pandilla de duendes entró llorando en la oficina diciendo que los habían expulsado de su hogar. Cuando indagaron las razones de tan lamentable suceso, se supo que los duendes habían hecho travesuras a una familia y esto no les gustó en absoluto. Así pues, llamaron a un cura que bendijo la casa y los expulsó inmediatamente.

Norma y Fabiola fueron hasta la morada y hablaron con la familia. Luego de una ligera discusión, se acordó que los duendes solo harían travesuras menores, como esconder zapatos y morder los pasteles, y a cambio de que los dejaran quedarse, protegerían la casa con su magia.

Pero el tercer día las cosas se complicaron: La Llorona hizo acto de presencia en la oficina, reclamando que quería adoptar a un hijo, pero que no se lo permitían debido a sus antecedentes. Se discutió el tema de la discriminación y el derecho a las segun-

das oportunidades, pero ni siquiera las brujas abogadas fueron capaces de convencer al orfanato de que cedieran en su posición.

—Esto se remitirá hasta la Corte de la Sombras— amenazó Norma a la encargada del orfanato.

—No me importa, yo también tengo abogados.

—Entonces nos vemos el siguiente martes en el cementerio a la media noche— sentenció la bruja.

—Ahí estaré— respondió la otra.



Cuando se hubieron marchado del lugar Norma resopló decepcionada y miró a Marco:

—Eso cuando se va a juicio puede pasar lo que sea, y es cierto que la Llorona tiene sus antecedentes.

—¿Cómo es un juicio de las sombras?— indagó Marco fascinado.

—Nos reunimos en el cementerio, usualmente el juez es Lucifer o si ese anda ocupado, manda a otro demonio menor. Los jurados son mitad Espantos y la otra mitad lo escoge el acusado.

Luego de un par de días, se celebró el Juicio de las Sombras y aunque las abogadas brujas establecieron una defensa férrea, los antecedentes de la Llorona no le favorecieron en nada. Al final, el caso se dio por perdido y el espectro femenino se marchó lanzando esos aullidos que tanto la caracterizaban.

—Estos son los días malos— murmuró Norma mientras miraba alejarse a la figura fantasmal, luego cambiando ligeramente el tono de su voz exclamó —¿Quieres comer algo?

—Es una buena idea— respondió Marco.

—¡Perfecto! Conozco un sitio donde venden una lechona excelente... Luego de comer, seguiremos trabajando, todavía hay mucho por hacer.

La bruja le sonrió alegremente y Marco no pudo evitar hacer lo mismo.



Laguna verde

Astrid Yisela Perea Palacios

La tarde caía lenta, el sol se apagaba mientras las nubes jugaban a ocultarlo, la noche empezaba a nacer y justo ahí, cuando caía la oscuridad en las noches de luna menguante, ella era libre. Suelta y sin miedo, recorría las calles de Laguna Verde, un pequeño pueblo escondido en las montañas de algún lugar.

Su mamá la bautizó con el nombre de Agua del Río, pues la trajo al mundo en un riachuelo cerca de su casa, pujando, agarrada de dos piedras. Cuando nació, la partera dijo:

—¡Padre Santo!, cómo es posible, nunca había visto una criatura llorar de esta manera.

Dicen las malas lenguas que la niña lloró tanto que se quedó sin aliento, desde que llegó a la travesía que llaman vida, todas las noches de luna menguante la pobre niña se quedaba sin respiración.

—¡Dios mío! mi muchachita, mi muchachita se muere.

Celmira, la madre de Agua del río gritaba tan fuerte que su llanto y su voz se envolvieron en un eco que le respondía a su angustia, lo mismo se repetía cada noche de luna menguante. Era extraño, el asma sólo llegaba de noche.

Laguna Verde siempre fue un lugar extraño, sus habitantes tenían un no sé qué misterioso, el vecino más cercano de Celmira vivía a cuarenta minutos de su ranchito; así que los gritos de la angustiada

madre nadie los escuchaba; para completar, el marido de Celmira, don Ignacio había salido como de costumbre a cazar un venado porque creía que en luna menguante el animal se ponía tonto. Su mujer nunca entendió porque insistía en lo mismo, si de todas formas nunca había regresado con uno, y al final terminaban merendando lo de siempre, banana verde cocido con guiso de pescado.

La enfermedad era tan grave que ni los rezos, ni los emplastos de hierbas del curandero del pueblo le servían. Cuando la menguante llegaba los ojos de Agua del Río parecían saltar de su cara y todo su cuerpo se tornaba púrpura como la flor de la violeta. Su corazón latía tan rápido que su mamá sentía que lo tenía fuera del pecho y lo podía tomar en sus manos.

Una noche, la mujer, en un manojito de desesperación no sabía qué hacer para que su pequeña respirara de nuevo, nunca había sentido la muerte tan



cerca. A Agua del Río apenas se le sentía un pequeño chorrillo de aire salir por su boca.

Fue entonces cuando, de forma milagrosa o por una maldición, no se sabe que fue peor, recordó una manteca rancia que su tío le había regalado meses atrás. El menjurje era de una anguila gigante que, por suerte para el hombre y desgracia para el animal, se atravesó en su atarraya mientras pescaba en la laguna de color verdoso que estaba en la mitad del pueblo, una noche de luna llena.

Con las manos temblorosas y sin tener idea de lo que hacía, solo con la esperanza de que cualquier invento le podría aliviar el ataque a su niña, Celmira, empavonó con la manteca a la criatura, desde los pies hasta la cabeza, y la envolvió con unos afiches que le había regalado un político que buscaba votos. El llanto de Agua del Río se fue apagando, el sonido de su pecho se mezcló lentamente con el susurrar del viento, el color de su piel volvió a su blanco casi transparente natural, sus labios volvieron a ser rojos y su corazón por primera vez en la menguante, caminaba con normalidad.

Pasaron los años y todo parecía normal, bueno, casi normal; después de todo, lo que era extraño para los foráneos, para los que vivían en Laguna Verde era cotidiano. En el pueblo se rumoreaba que Agua del Río pasaba días enteros sumergida en la laguna del pueblo, con frecuencia su mamá la encon-



traba comiendo peces crudos, y con enredaderas colgadas por todo el cuerpo. Alguna vez su papá la sorprendió hablando con los peces y las mariposas, ella decía que les entendía.

Sus padres llegaron a pensar que su hija había perdido la razón, hasta creyeron que se debía a que nunca la habían bautizado, no habían tenido para pagar la misa. Fue entonces, cuando decidieron vender la marrana que un primo de Celmira, al ver el infortunio en el que vivían, les había regalado para que le sacaran cría; y emprendieron el viaje de una semana hasta un pueblo donde había un cura, pagaron la misa de bautizo, y con los pesos que les quedaba le compraron un vestidito a la niña.

Tiempo después, para su desilusión, seguían en la miseria y con una hija que cada vez pasaba menos tiempo en casa y más en la laguna. La niña corrió de nuevo a las aguas verdosas, sin importar los ruegos y el llanto desgarrador de sus padres. La pequeña nunca volvió a casa. Un día se sumergió y fue la última vez que se supo de ella.

Han pasado muchos años y algunos en Laguna Verde aseguran que, en las noches de luna menguante se puede ver un ser extraño con cara de mujer, dientes filosos y cola de anguila salir de la laguna y deslizarse por las calles del pueblo.



Postales para mi madre

Jully Carolina Corrales

Postal I

El otro día, una mujer que querías mucho, estuvo muy feliz. Sin habérselo dicho, sé que las dos te estuvimos recordando. Las flores que adornaban la ceremonia se parecían a ti. Creo que por eso me gané el ramo del matrimonio de la tía. Ella le puso al vestido los detalles que le sugeriste aquella vez. Con los pétalos del ramo hice un baño dulce de rosas y canela como los que hacías tú. Ando secando entre los libros los pétalos que quedan para hacer collage, y envolver cigarros.

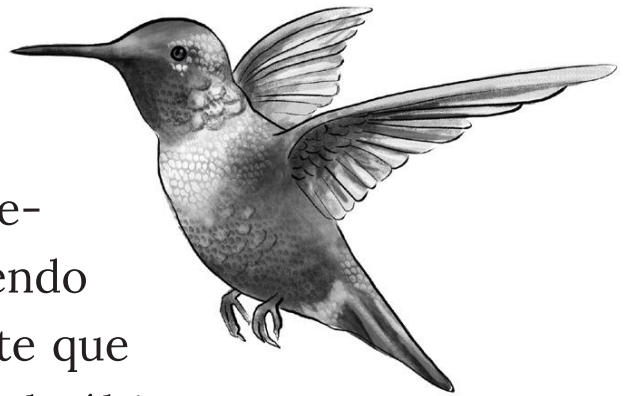
Postal II

El otro día, estuve muy triste. Empecé a renegar de que te hubieras muerto. Cuando reniego se me agita el pecho. Las lágrimas se convierten en naves para llegar a lugares desconocidos. En medio de esto, se escucha un sonido: ¡Pum! contra la ventana, cuando salí a ver: ¡Agitación! Ya no era mi pecho, sino las alas de un colibrí, estaba atrapado dentro de la casa. Salí a abrirle todas las ventanas; entre mi pecho y sus alas, la tristeza salió volando por las montañas.

Postal III

La fuerza de la abuela me impresiona. Este amor delicado con sus nietas, después de que fuera tan

terca contigo. Los ojos de la abuela me impresionan, el izquierdo mira con empeño y concentración, mientras que el derecho mira como queriendo arrancar pal cielo. El lente que se había hecho colocar en la última



cirugía, solo le permite ver de lejos. La abuela me contó de nuevo, cómo fue cuando, hace menos de un año, decidió ponerse ese lente, que tú la llevaste a la cita y la acompañaste para que se pudiera operar. ¿Sabes Ma? El otro día pensé que todavía aquí en la tierra tengo mamá... es la abuela.

Postal IV

Esta postal te va a gustar, tal vez, escucharla te haría llorar y reír. Toda la verdura congelada que tenías en la nevera, me la llevé a casa. Había pensado en conservarla por siempre, porque verla me traía patente la imagen de tu cuerpo en la cocina, organizando el pedido del mes de la verdura. Me acuerdo que era mucha, te veías cansada, y yo te criticaba por ser una ama de casa tan sacrificada. Ahora pienso que esa verdura son tus manos, tu aliento, tu ternura. Me llevé el tomate, la espinaca, la acelga y unos fríjoles verdes. Después de dos meses, me de-

cidí a usar alguna de las bolsitas de la verdura. Solo pensaba en tus manos. Agarré el tomate, lo puse en la licuadora. La verdad es que no podía distinguir si era tomate de árbol o tomate de cocina. Había más hielo que tomate. Luego de licuarlo, lo probé, ya no era tomate, era hielo. ¡Qué decir del brócoli!, de todas esas hojas verdes que ya no eran verdura, eran hielo viejo. Fue saber que no estabas. Saqué cada una de las bolsitas y las tiré al compostaje. Lo que sí Ma, es que guardé los frijoles verdes. El día que los cociné almorcé super rico, y al día siguiente, desayuné delicioso. ¡Qué casualidad! la última comida que preparaste antes de irte, fueron unos fríjoles. Pues te cuento, luego de tu primer día de velación, los calentamos y los comimos en casa.

Postal V

La mejor postal Ma son tus manos. Ellas son flores de borrachero que se han sembrado en mí. Hacen parte de las columnas que sostienen mi historia. Tus manos han sido mi pelo. Muchas personas las recuerdan haciendo Reiki. Creo que en unos meses va a ser difícil recordar cómo se escuchaba tu voz, pero al menos, abundan postales con mensajes sobre tus manos sosteniendo el tejido de las flores, el aliento del canto y a mí corazón viajero. La postal que cuenta la historia de un pollo que quiero cuidar en casa te la debo.





Vals con Diego y neblina

Jáiber Ladino Guapacha

A veces con el simple hecho de que te mencionen un pueblo, en tu cabeza se activa un sector de la imaginación que vaga hasta instalarte en esas calles, en esos años. No, no te pertenecen y quizá en ellos sólo has estado momentos, y sin embargo, tú les debes algo. Me pasa con tres pueblos en especial. Me mencionan Mistrató y veo un muchacho campesino que estudia el bachillerato nocturno. Se apellida García. De buen humor. A veces no tiene clase y sube para ensayar danzas en el grupo del maestro Albeiro. Amanece en la casa de un amigo y madruga a la finca al día siguiente.

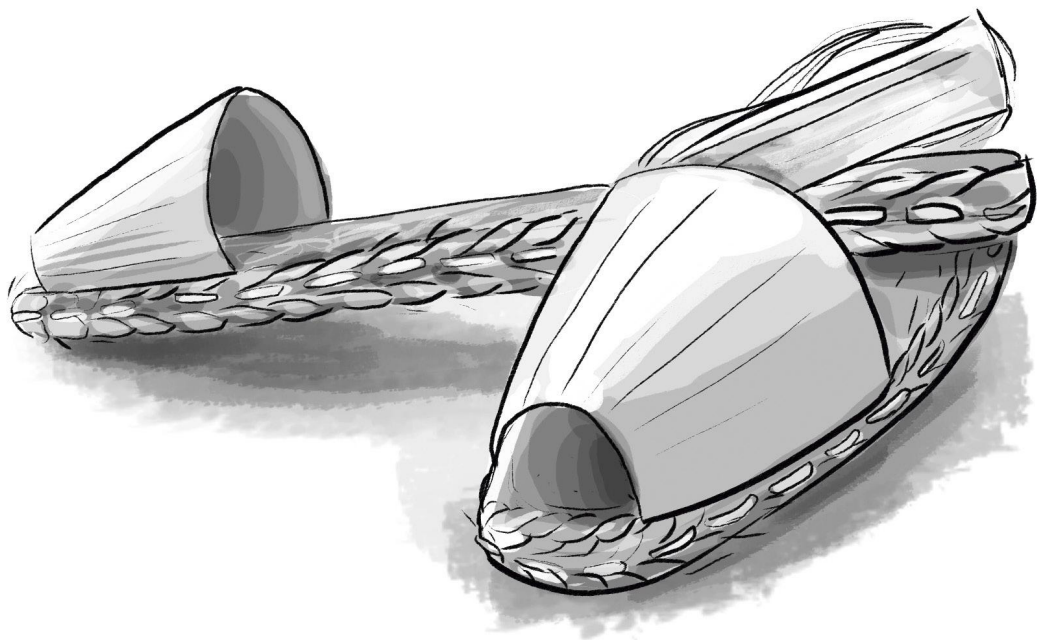
Escuché a García contarme esta historia después de su servicio militar, cuando terminaba su curso de mecánica en el SENA. Y no sé, cada vez que voy a Mistrató me pregunto cuáles fueron las calles que anduvo, las tabernas en que se amaneció con una cerveza y mucho baile. Claro, también es porque lo quiero como a un hermano, es como si necesitara compartir el territorio a partir de sus recuerdos.

Igual me pasa cuando me mencionan Guática o Quinchía. Curiosamente los une otro bailarín, Diego. Alguna vez mi hermano William tuvo que ir a las fiestas folclóricas de Quinchía como jurado y caminamos pa'riba y pa'bajo viendo grupos de danzas. Aproveché para desgomar la cámara que él recién había comprado. Como tenía que estar pendiente de las coreografías no podía estar pendiente del ju-

guetico que estaba nuevo. Experiencia chévere: luz, colores, sonrisas, trajes. La música alentaba y explicaba gestos, posturas, conectaba los sentimientos de los bailarines. Me gustaron los resultados y quise repetir al año siguiente para probar suerte de nuevo.

En ese segundo año no me fijé en las puestas en escena, sino en el ambiente de las graderías, las celebraciones de los acompañantes, los grupos que se habían presentado y los que aguardaban su turno. El descanso de los bailarines en el regazo de sus compañeras. El retoque del maquillaje, la mirada atenta en lo que el otro ejecutaba. Fue así como desde mi posición privilegiada fui testigo de una escena que no dudé en capturar.

Bueno, creo que para que se comprenda mejor lo que sigue, necesito volver al tema del concurso



en el que el Willy fue jurado. El certamen se divide en dos: encuentro y concurso. El primero tiene dos partes: el desfile por las principales calles y la presentación de los grupos en el coliseo. Para el concurso, cada grupo puede postular una pareja. La mecánica es así: durante 90 segundos suena una pista aleatoria de música colombiana. Los participantes conocen los ritmos pero desconocen la secuencia. Los primeros segundos son decisivos y el silencio que los precede es emocionante. Valen oro. La insinuación de la música que vendrá arriesga las semanas de entrenamiento y ensayo. Si la pareja no entiende los acordes musicales no ejecutará la propuesta coreográfica. Uno sufre con sus favoritos. Así no sepa nada. El que sabe es el Will y yo le voy aprendiendo.

Pues bien, cuando se terminó una de las rondas, uno de los bailarines eliminados no corrió a confortarse con sus amigos sino a respirar su frustración. Indiscreto, aproveché el zoom de la cámara para fotografiarlo. No puedo ocultar mi fascinación con el arco de sus cejas pobladas mientras meditaba dónde se equivocó. Aunque no se veían sus dientes, mordía el error.

Dicha foto hizo que repasara la carpeta con las fotos del año anterior para comprobar si se había presentado antes. En efecto, en representación del grupo de Guática. Dos años entonces intentando el

ajuar de pareja reina: corona, cetro y anillos. Inicié en Facebook una búsqueda para dar con él y cuando lo contacté, le envié la foto y lo animé para que siguiera con ese nivel de entrega. Al año siguiente, volví al encuentro y me apliqué a seguir cada uno de sus movimientos como si yo fuera Libia, su instructora, Lina su pareja. Quise ser música para entrar por sus oídos y habitar su pecho, su memoria, para hacerme uno con él, dentro de él. Ese año sí se llevó el primer lugar. Verlos coronarse me llenó de una satisfacción que sólo puedo comparar con la de Libia.

Por redes sociales me di cuenta de que bailó en el Ballet de Risaralda y en el de Antioquia, con quienes estuvo de gira por Europa. A ratos me siento satisfecho de haber visto nacer un artista de ese temple y en otras ocasiones me pregunto si no perdí la oportunidad de haber registrado más y mejor la evolución de un bailarín como él.

Ahí tienes la ruta que quiero para mi próxima exposición fotográfica: Mistrató-Guática-Quinchía. Se llamará “Vals con Diego y neblina”.



Imagina: sobre una piedra del río Mistrató, las co-
tizas. Amarrado a un árbol desde el que se divise el
plan de Umbría, el tapapinches y el machete. En las
cascadas que hay llegando a Guática, un pantalón a
cuadros, con una camisa color aguamarina. En San
Clemente, poncho y sombrero. Y ya en el parque la
Plazuela, en Quinchía, sobre la calle, todo el ajuar
de arriero. Con el maestro Omar, de danzas Karam-
bá, lo conseguimos. Fotos en gran formato rodea-
das con las postales de bailarines que tengo de las
veces que he vuelto a Quinchía. ¿Qué dices, vienes
conmigo?



Venganza

Jorman Sebastián Lugo

Si lo encuentro lo mato. Se lo juro. No, no me trate como si usted supiera qué es la vida. Desde su posición piensa que hay cosas que se dicen solo cuando se está ebrio. Usted cree que uno puede quedarse tranquilo sabiendo que en frente está la persona que tanto daño le hizo a uno. No, no creo que usted sepa. Usted se ve como esas personas a las que la vida les dio un lugar muy tranquilo. Ya me lo imaginaba. Un hogar estable, quizá un poco borracho el padre, pero ninguna escena digna de recordar. Tal vez una hermana. No, hijo único. Todo para usted. El motivo por el que sus padres siempre estuvieron juntos. Un afortunado.

Usted se graduó de estudios sin pena ni gloria. Se especializó y logró acomodarse en un buen empleo. Luego se pudo casar. No con la mujer que deseaba, pero sí con una buena mujer, a la que engaña de vez en cuando, y nunca lo dejará. Un par de hijos. Sí, todo perfecto. Suele venir aquí, a beber, a terminar sus días. A veces ha cazado alguna aventura. Le gusta sentarse en la barra para observar a los que entran y salen. No en el mismo lugar, prefiere variar. No le gusta que se metan en sus asuntos. Lo tiene todo bajo control. Usted no sabe lo que yo haría si me lo encuentro. Usted no se imagina...

Piense algo. Usted ama a su mujer, ¿cierto? A pesar de todo, siempre ha querido lo mejor para ella. No le gustaría que ningún imbécil se le atravesara por el



camino y al intentar robarle, la hiera. La hiera feamente. Mucho menos si ella está con sus hijos. Y el más grande, por tratar de defenderla, sufre una caída de la que quizá nunca se levante.

No, no me diga que la vida le dará su merecido porque soy yo el que tiene el poder ahora. La vida no tiene el dolor que yo tengo. No, no. Dígame, ¿qué sabe usted del dolor? ¿Qué sabe del sufrimiento, de la impotencia? ¿Qué sabe usted de la vida? ¿Cuándo le ha tocado destriparse para mantener la llama de su familia? Usted no tuvo que ver a mi esposa en el estado que quedó. No tuvo que quedarse al lado de ellos, noche tras noche, observando cómo empeoraban, cómo se iban yendo sus ilusiones, como imploraban piedad, como querían que se acabara todo de una buena vez. Usted no sabe lo que es estar ahí, mirándolos, sin poder darles algo de alegría, sin poder decirles que todo se irá poniendo mejor; nunca va a sentir lo que significa la palabra impotencia. Nunca va a saber lo que es tragarse las lágrimas, porque si se llora, se hace más daño. Entonces no me diga que la vida se vengará por mí.

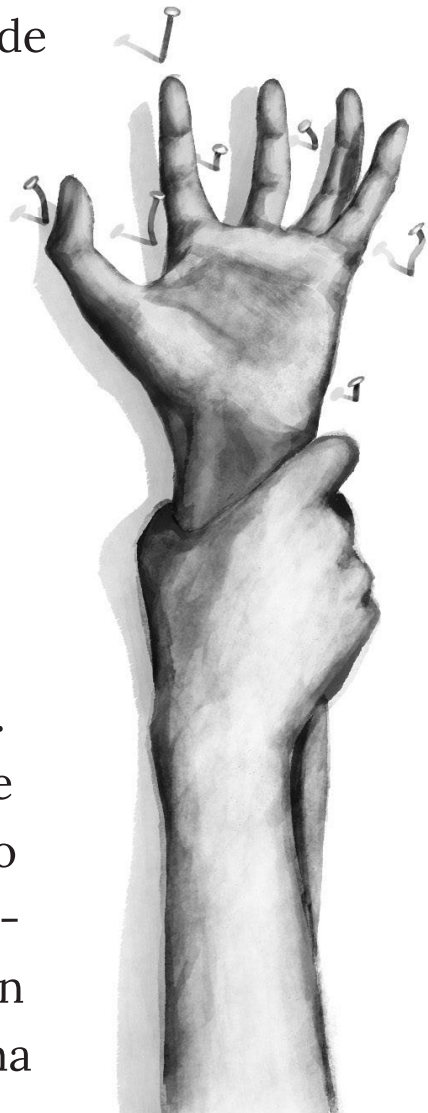
Es que usted no se imagina...

No sabe cómo le cortaría la piel poco a poco. Me encantaría tenerlo en una tina y ahogarlo en su propia sangre. Quisiera verlo sin poder dormir, suplicando porque lo acabe. ¿Sabe lo que yo quiero? Golpearlo en los nudillos con un martillo. Uno a uno.

Y grabarlo en video mientras lo hago, quedarme con el recuerdo. Quiero que sepa lo que es el dolor. Quiero que extrañe cómo abrazar, cómo pedir perdón, cómo escribir. Sí, usted es de los que cree que el dolor más fuerte es cuando alguien querido se muere. No, está equivocado. Duele más ver a alguien suplicar que lo maten, verlo acabado, ver que ya no puede hacer nada de lo que antes hacía. Duele verlo desear la muerte y no poder dársela. Eso es dolor.

¿Sabe algo más? Muchas veces he venido a este lugar y he estudiado sus movimien-

tos. He visto cómo cambia de lugar. Sé lo que toma, sé las mujeres a las que busca. Sí, sé que me entiende. Sabe de lo que hablo, ¿no? Mujeres cerca de los treinta. Que tengan experiencia pero que no estén acabadas. No me diga. ¿También las prefiere así? Usted sabe de quién hablo, ¿cierto? Lo conoce muy bien. No se haga. Tampoco trate de huir. No, no me diga que lo siente. No se atreva. Siga callado. Sí, cúbrase el rostro con las manos. Siéntalas por última



vez. Ya lo sé todo. No, no explique nada. Ustedes eran amantes. Por eso la mató. ¿Ahora comprende algo del dolor? No creo que pueda experimentarlo. ¿Sabe lo que hizo ella? Hasta en su agonía me siguió mintiendo. Lo hizo por usted, por encubrirlo. Por una escoria que la asesinó. Nunca cambió la versión. Ni siquiera mientras gritaba. Su amor por usted era más grande que su angustia.

Qué se calle, le digo. La culpa, la culpa. No me venga con estupideces. A estas alturas la culpa no importa. Mire, mire lo que tengo para usted. Sienta el metal. Perfecto para carpintería. Gritar no servirá. Si se fija estamos solos. No se preocupe. Ahora no tiene que imaginarse nada. Solo sienta el martillo.



Crónica de un viaje

Carlos Andrés Ramírez Osorio

La conciencia de sí mismo implica un grado de inconsciencia de la propia condición, así como el ojo nunca se puede ver o la mano no se puede tocar ella misma, todo es de una u otra forma ajeno de sí.

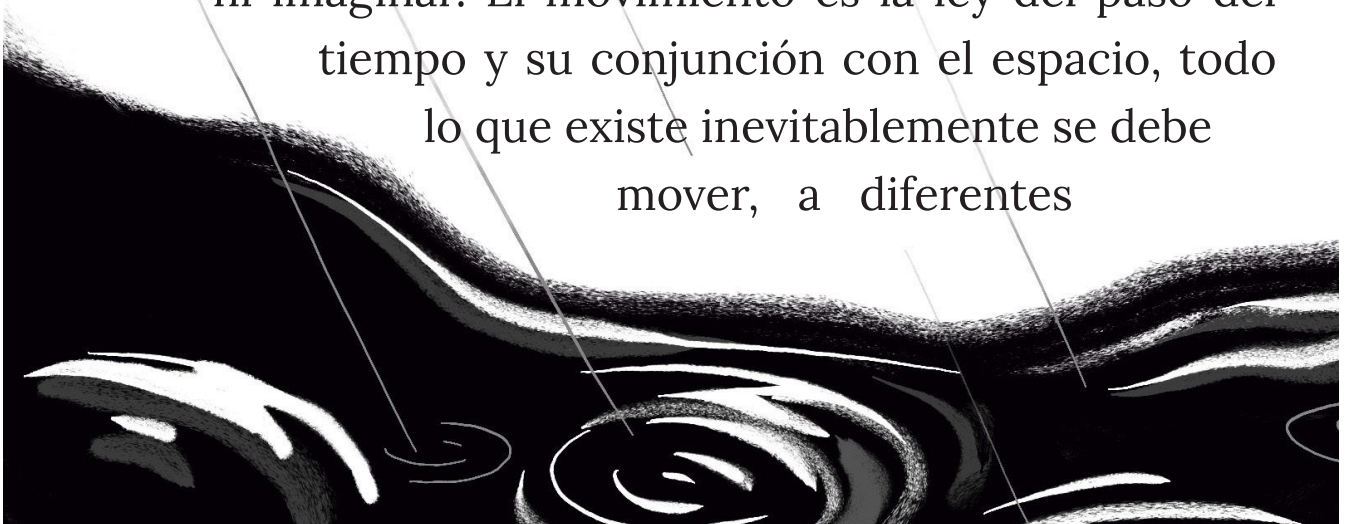
C.A

Allá en lo profundo de la gran laguna mística de la cordillera Andina, las moléculas de agua llevan su existencia suspendidas en ese océano fósil de agua producto del deshielo de la última glaciación. Como todo lo que existe es en parte inconsciente de su propia condición, desconocen, al igual que muchos, su propio origen. Creo que lo más común es en cierta medida lo más extraño y su principio nos es incierto, por ejemplo, cómo explicar el origen del agua, si ella en sí misma es el origen de la vida. Se dice que la materia no se crea ni se destruye y que sólo se transforma; siendo así, la provisión de agua del planeta es la misma desde un momento original, y a través de eones se ha transformado en un ciclo hídrico eterno de líquido a sólido o gaseoso dependiendo de la energía inyectada a él, pero ¿De dónde proviene el agua que tiene nuestro planeta? ¿Qué cataclismos cósmicos sucedieron para que la aparente roca yerma, que era nuestro planeta en el pasado remoto de su formación, se llenara del preciado y vital líquido? Es hermoso, pero a su vez temible e intimidante imaginar el arribo de los millones y millones de litros de agua que contiene nuestro planeta, insertos en meteoros y asteroides impactando continuamente la superficie en un

bombardeo proveniente de quién sabe qué rincón cósmico profundo.

En lo alto de la gran cordillera, las moléculas de agua ignoran las fuerzas profundas que, cuánticamente, mantienen unidos los átomos que las componen. Una a una, en una progresión exponencial, se unen gracias a la cohesión y forman la inmensa y profunda laguna del Otún, donde se depositaron los hielos antiguos de la última era glacial. Es probable que las moléculas hayan visto ictiosaurios monstruosos viviendo entre las fosas de la cordillera recién inundadas. Es posible también que las moléculas de agua sepan a qué se refieren los relatos antiguos de observaciones de coletazos de ballenas mitológicas en la superficie de la laguna. Seguramente vieron los ojos de los capitanes sabaneros que las truchas foráneas ayudaron a extinguir, que hayan entrado y salido por las branquias de los peces y que en su periplo milenario hayan visto cosas que la mente humana no es capaz de creer, asimilar y tal vez ni imaginar. El movimiento es la ley del paso del tiempo y su conjunción con el espacio, todo

lo que existe inevitablemente se debe mover, a diferentes



velocidades, a diferentes frecuencias y ritmos, pero se mueve. Así, las moléculas de agua en la gran laguna se mueven y pasan del fondo profundo, junto al cieno de la historia natural y humana, a la superficie y se ruedan por la ladera andina que marca el nacimiento del majestuoso río Otún, por cárcavas subterráneas que durante millones de años otros cúmulos de miles de millones de millones de moléculas han labrado al interior de las rocas madres y los barrancos primigenios.

El agua es agua en cualquiera de sus estados, pero qué gran diferencia existe entre el agua de la laguna y la del río, entre la del glaciar y la de la nube. Así, el agua que se desploma cuesta abajo y deja la fosa profunda entre las montañas y se va por el río, es agua en movimiento que se llena de vida y llena la montaña de vida y en su descenso pasará por rocas y rápidos, cascadas y meandros, será el fragor del río y el ímpetu de la vida misma en la montaña; tal vez sea bebida por osos o pumas, por aves o reptiles, quizás sea absorbida por árboles o musgos, si no seguirá su curso hasta en algún momento cruzar parajes habitados por personas que, en un extraño acto de su conciencia inconsciente o de su inteligencia bruta, vierten desechos y residuos a los cauces, entregándole así a las moléculas de agua, que llevan viajando millones de años, una gran cantidad de sustancias extrañas entre las que se confun-

den compuestos químicos inorgánicos con otros orgánicos, coprolitos, residuos metabólicos entre muchas otras imperceptibles y de origen indeterminado. Así el agua pura se convierte en agua servida, el majestuoso Otún se vuelve cloaca y la vida se transmuta y muta en formas raras y pestilentes de existencia asociadas a la ciudad y sus habitantes. Para así continuar su viaje hacia el Cauca donde se unirán las moléculas viajeras con otras de diferente procedencia, en un viaje incierto por la geografía Colombiana, recorriendo pueblos y ciudades, represas e hidroeléctricas, dándose cuenta de eventos innombrables que pertenecen a la historia de un hermoso país golpeado por la violencia y la locura humana, con la intención natural de algún día llegar al mar, o ser evaporadas por un sol radiante, y recomenzar el viaje épico y eterno de las moléculas de agua en el apenas comprendido ciclo hídrico.





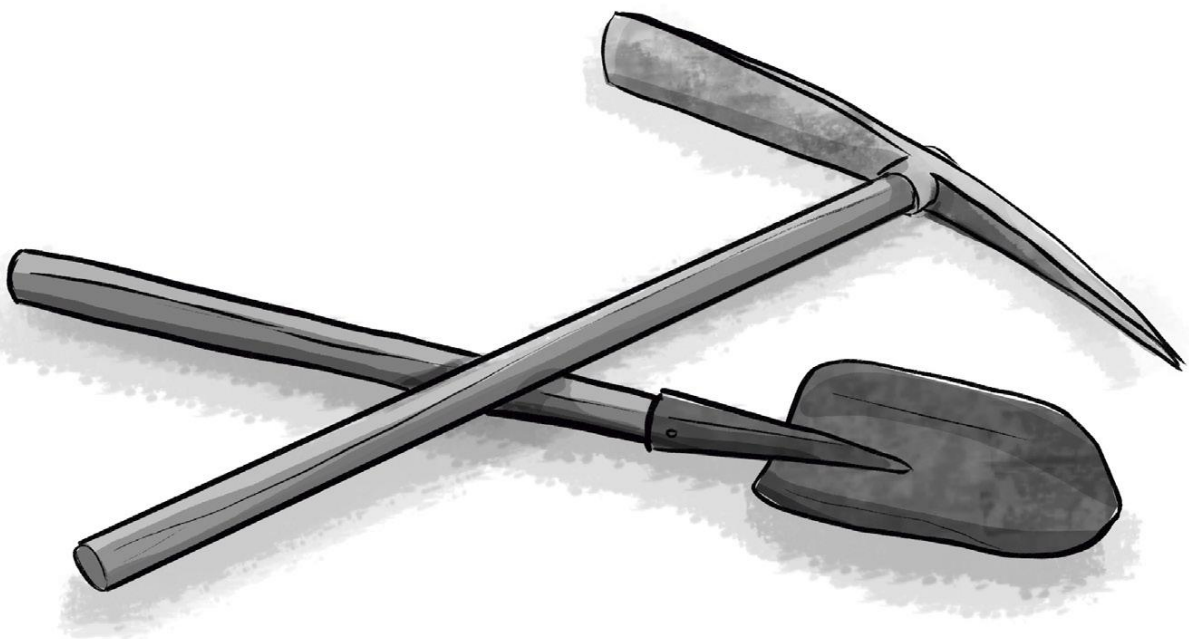
Amor eterno

Cristian Felipe Cardona

Al amanecer del quinto día, Esther logró tomar la decisión que la tenía en vela las últimas cuatro noches. La casa apestaba a mortecina, no podía darle más largas al asunto.

—Es algo macabro— se decía —pero no puedo esperar más.

El chasquido nervioso de su caja de dientes no se escucha por el silbido de la tetera, que le avisa que el agua está lista para su café. Se levanta de la silla del comedor y se dirige a prepararlo mientras sacude su trapo de la cocina para intentar matar las moscas que se posan sobre la cafetera. En voz muy baja, como si temiera que alguien la escuchara,



comienza a parafrasear a manera de reproche sus pensamientos:

—¡Ay mi viejo!, no debiste terminar así, yo no quería hacerlo—

Se sirve el café, lo huele y se sienta a tomárselo, esperando que éste le de la fuerza necesaria para continuar con su determinación.

Apaga el primer cigarrillo que se fuma del naciente día, bota la colilla y recoge el plástico que guardaba las cenizas y las riega sobre la penca sábila que hay en la ventana. Con el café en la mano, aleja la vista por la ventana percibiendo los primeros rayos del sol. Mira hacia su jardín y observa con cariño sus pequeñas plantas de café que ya han cogido la fuerza suficiente para sostenerse y dar frutos.

—Ellas serían un buen refugio— piensa Esther y se termina el café. Suspira y sale de la cocina.

Acostumbrada al uso del tapabocas, se lo pone nuevamente con la esperanza que le mitigue el olor a podredumbre que emana su cuarto, entra en él, y con desolación, mira el cuerpo inerte de Daniel, su esposo, que yace en la misma cama que compartieron por más de cuarenta años.

—No puedo arrastrarlo así— se dice a sí misma — Debo llevarlo por partes.

Sale hacia el patio en busca de su machete. Vuelve al cuarto con él y comienza lo que sería un festín carnívoros. Luego de cuatro largas horas, cansada



por el peso del machete, la resistencia articular del cadáver, el vómito producido y el cuestionamiento moral, empaca en una bolsa de plástico —de esas que venden para la basura— las partes superiores de Daniel, después, envuelve en una sábana las partes restantes que más pesan. Sale con ellas arrastrándolas hacia el jardín junto con un arsenal de moscas que la persiguen.

El atardecer se hace presente y Esther agotada, tira al suelo, al lado de las bolsas y la sábana, la pica y la pala que le sacaron ampollas en sus añejadas manos. Arrastra nuevamente los bultos de lo que algún día fue su esposo y los lanza con esfuerzo a la fosa que abrió entre los cafetos.

Se sienta a esperar que el sol desaparezca. Enciende un cigarrillo Pielroja y con la última bocana dice: —Aquí en nuestro jardín, podremos estar juntos para el resto de mi vida.



El niño que perdió la fe

Leonardo Henao Velásquez

La letrina, perpetuamente húmeda y acolchada por el musgo que sobre ella se formaba, era en ese momento el refugio en dónde Emilio, con sus bíblicos siete años, soñaba cosas de niños mientras aliviaba el vientre. La cruel ponzoña de algún insecto, clavada repentinamente en sus infantiles carnes, lo devolvió en medio del natural llanto a la realidad de su pobreza.

Su madre, una mujer gorda e hipocondríaca, sobresaltada por el estrépito, corrió a su encuentro; enjugó las lágrimas repasando con su raída camisa las ojeras del niño y exigió con voz nerviosa, ¡silencio!, buscando que los dueños de casa no tuvieran otro motivo que sumarle a la falta de pago, para pedir el desalojo de la habitación que ocupaban.

El padre, viejo, bebedor y orgulloso, nunca cambió por queso, mantequilla o carne, lo que gastaba en cerveza; solo garantizaba algo de arroz, papas y huevos. Aquel beodo, viviendo la fantasía de un pasado opulento, nunca asumió la responsabilidad que implicaba formar una nueva familia con una mujer mucho más joven que él, bonita, delgada y tímida que, como por una burla del destino, duplicó su peso con el primer embarazo y terminó de engordar definitivamente con el segundo.

Emilio aprendió a vivir más dentro de su cabeza que afuera... ¡ahí era feliz!

Ocurrió entonces que, una mañana, caminando

distraído hacia la escuela, acompañado de su hermanita mayor, su lánguida pantorrilla derecha fue traicioneramente mordida por un perro negro, que aparentemente dormitaba sobre el asfalto. El pantalón, hecho girones por la furia de las caninas dentelladas, se vio teñido del rojo líquido, con el que el niño sentía, se le iba la vida. Antes del connatural desmayo, solo alcanzó a ver a su hermanita persig-narse y decir, mirando al cielo piadosa: “Gracias a Dios no me mordió a mí”.

Despertó sobre la cuerina negra que forraba la camilla del boticario, a quien vio acercarse como si fuera un torero en la suerte final. Sintió el duro metal de la aguja penetrando inclemente su esmirriado cuerpo. Un dolor intenso lo recorrió completo, mitad miedo, mitad falta de destreza de ese matarife con bata blanca.

Lloroso, cojo, subiéndose el pantalón, volvió a oír que se mencionaba a Dios, en medio



de su desgracia. Esta vez, la gratitud provenía de la madre: Gracias, Dios mío, porque este señor no cobró un peso. Aunque ella, que siempre fue ingenua, no sospechaba el pago que, en especie, el boticario esperaba.

Emilio no entendía cómo Dios, tan bueno, tan poderoso, tan presente, se ensañaba en él, prodigándole dolor, sin embargo, no osaba cuestionarlo. La cena esa noche fue una taza de agua dulce; otra vez, no hubo pan.

Al despertar esa mañana, las tripas de Emilio no se resignaban a la huelga obligatoria que el

destino les imponía, pero que dentro de la barriga eran un mitin bullicioso. Otro vaso de agua dulce, en su multifacético uso, se convertía ahora en desayuno, aunque esta vez, llevaba una pizca de sal para simular el agradable sabor del queso, que evidentemente, era un manjar inaccesible.

La madre, perezosa por naturaleza y justificada por el ayuno, nunca buscó una manera de ganar dinero para salir de la miseria material; y el padre esperaba



siempre el golpe de suerte que le daría el quinto de la lotería, que religiosamente compraba.

Y así fue. Ese día, borracho hasta los tuétanos, llegó el hombre a la húmeda habitación y sin mediar palabra, se tendió en el camastro duro y se quedó profundamente dormido.

El agrio vaho que despedía su cuerpo, mezclado con el olor de la pobreza que todo lo invadía, no fue impedimento para que la madre hurgara en sus bolsillos, buscando algo de dinero; sin embargo, lo único que encontró fue el quinto de lotería.

Con un desconsuelo solo equiparable al de María, viendo a su hijo agonizar en la cruz, tomó la madre a sus hijos de la mano y los llevó a la iglesia. En el camino, y atendiendo a su lógica cristiana, explicó a los tristes niños cómo pedir el favor de Dios, de poner el número cinco al final del resultado de la lotería, para así, recuperar el exiguo valor del boleto y poder comprar comida. No pedía ningún premio, su ambición nunca alcanzó a tanto... solo recuperar lo que costó el billete.

Emilio se arrodilló mirando el crucifijo, juntó sus manos en señal de rezo y cerró los ojos con tal fervor que parecía no volvería a abrirlos. Rezó, oró con su inocencia de niño, hablando desde la ternura de su corazón y sus angustias estomacales. Tal vez esa sensación de cumplir su cuota, hizo a Emilio olvidar por un momento el hambre y sentirse un tanto feliz.

Al día siguiente, con el hambre ardiendo de nuevo en su máximo esplendor, supo que Dios puso al final, un nueve. Emilio perdió la fe.



La Cebolla Azul
Colectivo Artístico y Cultural



MINISTERIO DE CULTURA

Todo libro, todo texto tiene como principio dar de beber y dar de comer al hambriento y al sediento en virtud de transformarlo; así, quien quiera que salga ileso de una lectura, no es más que un errante insatisfecho que busca aliviar su congoja; aún, en la afrenta de andar vacío, el lector, después de todo no será el mismo.

Las memorias contenidas en estos relatos son pues, como los árboles, hechos de la inclemencia y del buen tiempo, hechos de hojas que un día pendieron de las ramas y luego, por acción del viento, se esparcieron para dar cuenta de la existencia y ensayar el efecto de la ambrosía.

ISBN: 978-958-49-7510-2



9 789584 975102

Jóvenes en
Movimiento
Artífices del arte y la cultura en los territorios